



Jefa por sorpresa

OLIVIA KISS

Jefa por sorpresa

California Beach 1

Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[La revelación](#)

[La celebración](#)

[El deseo](#)

[La realidad](#)

[Las confesiones](#)

[La caída](#)

[El paréntesis](#)

[La cita](#)

[Los sentimientos](#)

[La demostración](#)

[La distracción](#)

[Los cambios](#)

[El reencuentro](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

Sinopsis

Para Jennifer su carrera profesional lo es todo. Lleva años esforzándose por ser la mejor en lo suyo y parece que lo ha conseguido.

No obstante, una noche sale con su amiga Claire y se da cuenta de que ha olvidado otros aspectos de su vida hasta el punto de que en unas horas cumplirá un año de sequía sexual.

Para Cole no hay nada que le importe menos que su futuro. Vive al día y disfruta de los pequeños placeres de la vida; como, por ejemplo, mirar a la chica del vestido rosa mientras se pasea por el club California Beach con una bandeja llena de cócteles.

Esa noche sus caminos se cruzarán sin imaginarse que, poco después, sus vidas lo harán mucho más.

La revelación

«Jamás puede salir nada bueno de un concurso de cócteles».

Jennifer lo había pensado nada más traspasar las puertas del local y sabía que era una afirmación cierta por sus años universitarios un tanto descontrolados, pero, pese a ello, le resultaba imposible decir que no a Claire cada vez que le ofrecía una nueva copa.

—Bebe, cariño. Dios, este está delicioso.

Dio un trago y tuvo que aceptar que su amiga tenía razón. Aquel brebaje de color rosa chicle con hielos en forma de corazón, una sombrilla verde y el borde cubierto de azúcar era una auténtica delicia. Habían llegado a la conclusión entre risas de que cuanto más hortera fuera su presentación, el cóctel resultaba más placentero para sus sentidos. De momento, para Jennifer aquel de color rosa era su favorito y era muy posible que *Dulce Corazón* se llevara su voto esa noche. Anotó en la planilla que les habían entregado al entrar una cruz al lado de su ridículo nombre y se dio cuenta de que, sin las gafas y después de tres copas, veía el trazo un poco borroso.

Estaban en el certamen anual de cócteles que celebraba el club California Beach. Claire tenía que hacer un reportaje para la publicación digital sobre la vida nocturna de Los Ángeles en la que trabajaba y como contaba con dos invitaciones le había ofrecido a Jennifer acompañarla. A ella no le apetecía demasiado salir, siendo honesta, últimamente estaba siempre tan agotada que rara vez le apetecía, pero llevaba una semana espantosa en el trabajo y se había dicho que, tal vez, la compañía de su alocada amiga le vendría bien para desconectar, ya que de ningún otro modo lo conseguía al llegar a casa. Las copas y las entradas a los sitios gratis siempre eran un plus extra.

¿Una semana espantosa? En realidad, si se paraba a pensarlo, Jennifer más bien llevaba un mes horrible y de lo más agobiante desde que Becky, una parte indispensable en el equipo que coordinaba, había dejado el puesto de forma precipitada y se había visto obligada a ocuparse también de sus tareas. Ni siquiera comprendía cómo no había enloquecido con ese ritmo y la presión siempre asociada a su empleo. Tampoco, cómo se mantenía en pie de tanto cansancio acumulado.

Jennifer dio otro trago largo y se dijo que qué menos que dejar su cerebro en manos de mezclas dulzonas de sabor tropical hasta que de una vez por todas lograra declararse en huelga. Era una de esas personas para las que desconectar de las vicisitudes del día a día, más aún de su absorbente trabajo, era casi un imposible.

Trabajaba como gestora de cuentas para un gran grupo empresarial del sector de la alimentación dietética. Había empezado como asistente para Mark Lewis y, tras cinco años dejándose la piel, había tenido la gran fortuna —o tal vez la peor suerte del mundo— de que él la

defendiera para ocupar su puesto antes de jubilarse. Así que Jennifer se había visto con solo veintiocho años coordinando un equipo de cuatro personas desde el interior de un lujoso despacho por el que muchos matarían. Ya habían pasado dos años de su ascenso y Jennifer sentía que habían transcurrido diez y, a la vez, un suspiro.

Había sido afortunada y siempre le estaría agradecida a Mark por haberle puesto en bandeja la oportunidad de su vida, pero, pese a ello, a ratos estaba tan agotada y su trabajo le exigía tanto que le daba la sensación de que el resto de su existencia pasaba de puntillas.

Observó a Claire, que a su vez observaba el *Dulce Corazón* con ojos críticos y sorbía de su pajita fosforita, y le sonrió. ¿Cómo podían ser tan diferentes? ¿Cómo Jennifer parecía haber dado un salto enorme hacia un vida adulta y responsable mientras su mejor amiga desde la infancia seguía siendo la misma chica desenfadada e impulsiva de siempre? ¿En qué momento sus vidas se habían alejado tanto como para no tener nada más en común que su amistad?

—¿Cómo puedes levantarte mañana y escribir un artículo ingenioso después de una noche que intuyo intensa? Dos más de estos, y yo mañana no recordaré ni mi nombre.

Claire la estudió a ella con semblante serio, que en su rostro dulce y pecoso resultaba un tanto chocante. Con su pelo rubio corto y sus dos ojos enormes y azules, parecía más una niña que se había colado en una fiesta para mayores que una mujer cuyo dueño del local seguramente estaría vigilando desde algún rincón oscuro.

—Soy una profesional, Jenn. Y esto que estamos haciendo es trabajo de campo.

Le guiñó un ojo y Jennifer tuvo que reírse. Menuda era Claire. Ella sí que había sabido labrarse un futuro; mejor dicho, un presente emocionante y que disfrutaba a cada instante. Tenía uno de los que deberían ser los mejores trabajos del mundo; al menos, para una mujer joven, inquieta y alocada en una ciudad como Los Ángeles. Su tarea consistía en visitar todos los locales de moda, eventos nocturnos o cualquier espacio digno de ser reseñado para la web en la que trabajaba. Había comenzado con una pequeña sección para rellenar hueco en el apartado cultural de un *magazine*, pero el ingenio de Claire había destacado desde el primer día y sus lectores, que ya eran miles, la habían nombrado una especie de gurú para los noctámbulos de la ciudad. No había fiesta memorable en la que Claire Dillon no estuviera. Todo el mundo que era alguien en Los Ángeles leía sus artículos. Todo el mundo que tenía un negocio ansiaba que ella lo visitase. Todo aquel que tenía un local la trataba como una reina. La menuda y en apariencia insignificante Claire era adorada y temida al mismo nivel allá donde sus pies la llevaban.

Jennifer, a su lado, con su trabajo aburrido y serio, se sentía un tanto desfasada. Le daba la sensación de que había crecido de repente y de que su mejor amiga se había estancado en una eterna juventud que a Jennifer ya le parecía demasiado lejana.

No obstante, aquella noche pensaba disfrutar e intentar que la energía de Claire se le pegara un poco. Se lo merecía. Vaya si se lo merecía.

—¿Has visto ese azul? —Claire señaló el contenido de la bandeja que un camarero ofrecía por el local; otro de los locos cócteles presentados al concurso—. Vamos. Tenemos que probarlo.

Se acercaron y cada una cogió un vaso con líquido azulado. En su interior flotaban pequeñas perlas de anís y en su base colgaba un cartelito con su nombre.

—*Néctar de pitufo amoroso.*

Claire se mordió los labios para contener una carcajada, pero Jennifer no tuvo tanto autocontrol y rompió a reír. ¿Era en serio? Le dio un trago sintiendo que su infancia daba un giro un tanto sórdido. Pese a ello, tuvo que admitir que también estaba bueno; muy bueno.

Continuaron probando aquí y allá, hasta que una hora después, mientras fumaban un cigarrillo en la zona exterior, Jennifer intentaba poner orden sus ideas con la planilla que le otorgaba la responsabilidad de ser parte del jurado. Unas horas antes jamás se habría imaginado que acabaría votando para que uno de aquellos cócteles de nombres y estética estafalarios pudiera ganar el succulento premio de cinco mil dólares y convertirse en la estrella de la carta del California Beach durante un año entero. Pero así era la vida de Claire: emocionante e inesperada.

Esta, a su lado, mordía la punta de su bolígrafo y repasaba sus notas con gesto de concentración, como si su tarea fuese realmente importante para el mundo; parecía mentira que se hubiera ventilado un par de copas más que ella, que había tenido que frenar cuando su amiga había deseado probar de nuevo dos de los cócteles con la supuesta intención de acabar con sus dudas y obtener su voto definitivo. A pesar de que las consumiciones eran pequeñas entre tanta parafernalia decorativa, su cuerpo ya notaba los efectos del alcohol.

A Jennifer, a esas alturas, poco le importaba el concurso. Solo podía pensar en los bocaditos de queso que comenzaban a sacar para después de las votaciones. El estómago le rugía y había bebido más de lo que estaba acostumbrada en los últimos años. Además, el agotamiento de la semana había empezado a hacer mella en ella, que había ocultado algún bostezo de más a Claire y que a ratos se imaginaba abrazada a su comfortable cama.

—Hay dos que son buenísimos. Les daré publicidad, aunque no ganen.

La voz de Claire le hizo prestar atención de nuevo a la hoja que tenía entre los dedos. Ella cerró su papel en dos y lo metió en la urna que los recogía para el recuento posterior, pero Jennifer se mordió el labio y dudó, porque, de repente, no recordaba nada. Todas sus notas se habían convertido en un embrollo de nombres ridículos, colores estridentes y mezclas imposibles que al día siguiente le regalarían un buen dolor de cabeza.

Al final, rellenó la primera casilla que pilló e imitó a su amiga.

—No tienes ni idea de qué has votado, ¿me equivoco? —susurró Claire con complicidad.

Jennifer se encogió de hombros. Luego ambas se echaron a reír y aceptaron una nueva copa a un camarero que se acercó sonriente, esa vez sin estridencias, de simple champán. Por mucho que ya hubieran bebido para acordarse de aquel concurso toda la semana, intuían que la noche no

había hecho más que empezar, y así era, aunque Jennifer jamás se habría imaginado hasta qué punto.

Una hora después el local estaba abarrotado. Ambas ocupaban una mesa baja en la zona medio descubierta que formaba el comienzo de la terraza. La noche era cálida, aunque hacía una ligera brisa que agradecían.

Claire hablaba sin parar sobre su último ligue. Un tal Hans que tenía un gusto desastroso para la moda, así como una adicción preocupante a los batidos proteicos, pero que compensaba ambas cosas con unas destrezas increíbles cuando estaba desnudo. Jennifer lo había visto solo en dos ocasiones y no podría olvidar jamás el tono anaranjado de su bronceado. ¿Tendría todo el cuerpo del mismo color? Se rio entre dientes al pensarlo.

—¿Dónde conoces a esos esperpentos?

—Conocí a Hans en la inauguración de un gimnasio.

—Vale. Me encaja.

Claire se encogió de hombros.

—No era mal tipo, pero se nos acabó el amor.

Jennifer puso los ojos en blanco ante aquella expresión que siempre usaba, pero que ambas sabían que estaba vacía de sentimiento.

—¿Amor?

—O lo que sea.

Miró a su amiga con ternura. Claire era un encanto y no conocía a una mujer tan interesante y llena de vida como ella, pero también sabía que era difícil de enamorar. Había tenido un desengaño amoroso siendo muy joven del que jamás se había recuperado; desde entonces, su vida sentimental se resumía en una lista de amantes que nunca cruzaban la línea de la amistad. En cuanto las cosas se ponían demasiado intensas, Claire se despedía con afecto y pasaba al siguiente. Y le había llegado el turno a Hans.

Jennifer, en cambio, no recordaba la última vez que se había dado un buen revolcón con un hombre. Se esforzó por rememorar sus últimas experiencias mientras mordisqueaba un bocadito de queso, tomate y rúcula, y se dio cuenta con gran consternación de que estaba a punto de cumplir un año.

Un año que no se acostaba con nadie.

Un maldito año de sequía absoluta y de masturbaciones en la soledad de su bañera. Y eso cuando no se quedaba dormida antes siquiera de meter las manos entre sus piernas.

¿Cómo el tiempo había volado tan rápido? ¿Cómo era posible que en tantos meses su vida

sentimental solo fuera un agujero vacío y triste?

Y no era el resultado de la falta de oportunidades o de no desearlo, Jennifer no veía nada malo en la soledad elegida, sino que fue consciente en aquel instante de que había sucedido únicamente porque no se había acordado.

Abrió la boca alucinada y luego se giró hacia su amiga, un tanto desconcertada por su gran descubrimiento.

—Claire... ¿es posible que se te olvide el sexo?

Ella no pareció sorprendida por aquella pregunta.

—¿Te refieres a cómo se hace? No, follar es como nadar o montar en bici. Al principio puedes sentirte un poco oxidada, pero en cuanto calientas un poco la cosa sale sola.

Jennifer negó con la cabeza y tragó saliva con fuerza. De pronto, su vida iba mucho peor de lo que pensaba. No solo tenía un trabajo absorbente y apenas vida social, sino que le daba la sensación de que hacía una eternidad que no se divertía.

—No, me refiero a olvidarte de que... existe.

—¿Qué te has metido, Jenn?

Claire se rio abiertamente. Jennifer sintió que el alcohol ya nublaba su razonamiento, pero no tanto como para no discernir que aquella revelación le preocupaba de verdad y le hacía cuestionarse más aún su vida.

¿Qué había hecho el último año? No había salido con nadie. Ni una cita. Ni una noche de cine. Y ya no hablaba de verse con un hombre, sino que... a excepción de planes esporádicos con Claire que acababa aceptando en el último momento un poco empujada por la insistencia y los chantajes de su amiga, y siempre pendiente de que le quedara algún hueco en su agenda, no había visto apenas a amigos ni familiares.

Jennifer pensó en su día a día. De lunes a viernes no se relacionaba con nadie fuera de su despacho. Gimnasio tres tardes por semana, del que cuando salía ya era de noche. Visita a sus padres los domingos. Las noches las ocupaba en leer un rato, normalmente documentos que se llevaba a casa para adelantar trabajo del día siguiente.

Era horrible. Espantoso. Una monotonía sosa y aburrida.

Se había olvidado tanto de su vida fuera de su carrera laboral que ni siquiera se había dado cuenta de que echaba de menos algo tan esencial para ella como lo había sido el sexo. Porque sí, la antigua Jennifer disfrutaba de su sexualidad siempre que podía, pero apenas se acordaba de ella.

¿Cuándo fue la última vez?

Echó la vista atrás y acabó encontrándose con Matt. Recordaba que la última vez que se habían visto era comienzos de junio, porque él acababa de firmar el contrato de una nueva película y se iba el verano a filmarla a Nueva Zelanda. No podía haberse largado más lejos. Alguna vez se

habían llamado, pero de esas llamadas Jennifer solo había concluido que lo suyo no tenía futuro. Ni siquiera lo echaba de menos. Ni siquiera había pensado en las noches en las que Matt y ella apenas dormían entre besos y roces. Nada.

Sacó su móvil del bolso y abrió la agenda con dedos temblorosos. Buscó hacia atrás hasta encontrarse con el mes de junio del año anterior y una nota memorizada:

Despedida de Matt. Cena a las ocho en Malone's. Comprar preservativos.

Miró la fecha. Tuvo que leerla tres veces antes de darse cuenta de lo que realmente significaba. Luego alzó la vista y parpadeó.

—Mañana hace un año que no me acuesto con nadie.

Claire escupió el trago de champán que acababa de dar y la observó con sus dos ojos azules abiertos como platos.

—¿En serio? —Jennifer le mostró la pantalla de su teléfono móvil; ahí estaba la prueba—. Oh, vaya. Bueno, no pasa nada. No siempre apetece y has estado muy centrada en tu carrera, a todo el mundo podría pasarle.

—A ti no.

Claire chasqueó la lengua. En eso su amiga llevaba la razón.

—No, a mí no, pero porque yo soy más animalito que persona. Ya lo sabes. ¿Has visto al camarero de bigote? —Le señaló con la mirada, pero Jennifer no lo miró; estaba demasiado conmocionada por lo que acababa de descubrir de sí misma—. Acabo de colarle mi número de teléfono en el bolsillo del pantalón.

Claire se rio en un intento por que Jennifer dejara de darle vueltas a un hecho que para muchos no tendría importancia, pero para ella sí, porque no solo significaba lo obvio, sino mucho más. Para Jennifer aquella revelación había sido la demostración de que su vida se había convertido en lo que un día se prometió que jamás sería.

La celebración

Llevaba un vestido rosa. Si a Cole le hubieran preguntado qué tipo de mujer le gustaba, podría haber mostrado una fotografía de la chica del vestido rosa que no dejaba de reírse al fondo de la sala. Piel aceitunada, ojos marrones, melena castaña, labios carnosos, de andares decididos. Era impresionante y lo que más le gustaba a Cole era que ella parecía saberlo y estar segura de ello. Siempre había mostrado predilección por las mujeres decididas.

La había visto hacía un rato. Se había acercado con una bandeja de *Néctar de pitufo amoroso* y ella había cogido una copa sin mirarlo. Acompañaba a Claire Dillon y por eso se había fijado en cuanto habían entrado al local. Thomas, su amigo y dueño del club, le había pedido que tuviera vigilada a ese grano en el culo que era Claire; llevaba una semana nervioso porque sabía que acudiría al California Beach y temía el consiguiente artículo sobre el concurso más que cualquier cosa en el mundo. Así que había mandado a Cole como espía disfrazado de camarero para que estuviera pendiente de cada movimiento de aquella minúscula mujer llamada Claire y sus ojos se habían quedado prendados en la otra joven que la acompañaba. ¿Cómo no hacerlo? Se daba un aire a Jessica Alba, con su piel morena, sus ojos redondos y oscuros, sus piernas torneadas.

Se estaba poniendo tontorrón y no debía hacerlo, mucho menos con una bandeja llena de bebidas en elegantes copas de cristal.

Salió de la barra con una nueva bandeja que ofrecía muestras del cóctel ganador, uno azul con un nombre tan hortera y soez que Cole sería incapaz de pronunciar en voz alta sin hacerlo de forma lasciva, y se mezcló entre el gentío con la firme intención de llegar hasta ellas. Se había prometido no salir aquella noche del club sin conseguir entablar conversación con la chica del vestido rosa y, cuando a Cole Chapman se le metía algo en la cabeza, no había quien lo frenase. La perseverancia se encontraba entre sus más apreciadas virtudes. Así que entre parada y parada para ofrecer copas a los demás clientes, se fue acercando hasta llegar al rincón oscuro en el que bailaban y se reían como dos lunáticas Claire Dillon y su preciosa amiga.

—¿Quieres una copa?

Él sonrió y cuando ella se giró pudo ver que sus ojos brillaban por todo lo que ya habían bebido.

—Quiero dos. Dos copas.

Cole sintió una tirantez en su entrepierna solo con el sonido de su voz. La tenía ronca, de un tono que no parecía encajar en ella, y las eses sonaban alargadas. ¿Cómo sonarían en esa boca los gemidos?

Jennifer estaba borracha. Lo sabía ella, Claire, el camarero rubio que la observaba sin pestañear y todo el club solo con fijarse un poco. La revelación que había tenido solo una hora

antes la había dejado tocada. Sabía que era culpa de los cócteles. Sin ellos, Jennifer esa noche no se habría cuestionado nada; habría llegado a casa después de una interminable jornada, se habría dado una ducha y, ya en pijama, habría pedido comida china para cenar. A La Gran Muralla, un arroz tres delicias y una ración de pollo con piña. Como siempre. Habría visto un capítulo de alguna serie que en realidad no seguía, solo se ponía de fondo mientras leía hasta quedarse dormida.

Sin embargo, estaba en un local precioso con vistas al mar, con una música electrónica de fondo que no podía dejar de bailar, con un vestido color frambuesa que se había comprado en rebajas y que no había llegado a estrenar hasta ese momento, y con ganas de que la noche no terminase.

¿Estaba agotada? Sí, podría haberse dormido de pie solo con apoyarse en una pared y cerrar los ojos.

¿Debía al día siguiente actualizar su correo y escribir un informe para el lunes? También, y lo haría, aunque tuviese que hacerlo desde la cama por la maldita resaca que anticipaba.

¿Que tenía posibilidades de arrepentirse de haber salido con Claire a la mañana siguiente? Obvio, una parte de ella ya lo estaba haciendo.

No obstante, pese a todo ello, Jennifer se había prometido que esa noche iba a desconectar por completo, y si para hacerlo debía nublar sus sentidos hasta el límite, lo haría con la ayuda de la barra libre gratis que le otorgaba ser la mejor amiga de Claire Dillon.

Se acercó a la bandeja con una sonrisa ladeada que a Cole le pareció de lo más interesante. La observó coger dos vasos y dejarlos sobre una mesa donde también descansaban sus pertenencias; en ella, Claire tecleaba con rapidez en la pantalla de su teléfono móvil. Al instante, Jennifer volvió a coger otros dos vasos y dio un trago a uno de ellos.

—Dos para mi amiga y dos para mí —le explicó a Cole con una coquetería un tanto infantil. Él no pudo evitar reírse. También pensó que era preciosa y se imaginó el vestido rosa en el suelo de su dormitorio.

—¿Ya estáis en esa etapa de la borrachera?

—Mmm... no sabía que había etapas. ¡Ilústrame!

Jennifer enfocó la vista y se cruzó con la del camarero. Encontrarse con un rostro de lo más atractivo fue una sorpresa que no esperaba. Un rostro acompañado de un cuerpo fuerte, de los que se ven y no solo se intuyen por debajo de la camiseta. Tenía el pelo rubio peinado hacia atrás, los ojos claros y una espalda ancha que le hacía preguntarse cuánto tiempo podría sujetarla mientras empujaba entre sus piernas contra una pared.

Se rio ante ese pensamiento excitante e inesperado.

Cole se pasó la lengua por los labios, apoyó la bandeja en una mesa y se acercó a ella para hablarle sin tener que gritar para hacerse oír por encima de la música. Sonrió también al darse

cuenta de que había conseguido su propósito de entablar conversación con la chica del vestido rosa. Solo era el primer paso para acabar la noche mucho mejor de lo que el día había comenzado.

—Bien, veamos. Está la etapa de la exaltación de la amistad.

Ella se giró lo justo para observar sus labios mientras hablaba. Tenía unos labios carnosos y olía a cerveza y a algo que a Jennifer le burbujeó en el estómago.

Recordó el momento en el que Claire había halagado su cuerpo esa noche con ese vestido y cuando Jennifer le había susurrado que jamás con nadie en la vida se divertía tanto como con ella.

Sonrió al camarero sexi.

—¡Etapa superada!

Cole le guiñó un ojo y Jennifer sintió que su piel se erizaba.

—Muy bien. También está la etapa de reírse por cualquier cosa.

Él alzó una ceja y ella soltó una risita que le pareció de lo más adorable. Se fijó en la manera en que se ajustaba el vestido en su pecho y Cole se imaginó cómo serían sus formas sin ropa. Increíbles, no tenía la menor duda. Jennifer se percató de su escrutinio y volvió a reírse como una tonta.

—Creo que también podemos darla por superada.

Jennifer de pronto se encontraba más despierta que en toda la noche; más bien, que en toda la semana. Claire se había disculpado con ella justo antes de que el camarero se acercara; necesitaba unos instantes para contestar unos mensajes relacionados con su trabajo. Jennifer pensó que le entraría un sopor inmediato si su amiga dejaba de hablarle apenas unos minutos, así que la conversación con el camarero había llegado en el mejor momento. Y no solo había evitado que se durmiera, sino que sentía su cuerpo más despierto que en meses. Jennifer... estaba excitada. Y era una sensación maravillosa.

Dio un trago a su vaso sin apartar la mirada de aquel hombre y se perdió en la de él, que no la apartó. Era guapo. Más que guapo, era condenadamente atractivo. Y robusto, como le gustaban a Jennifer los hombres. Además, no hacía falta ser muy avispada para saber que estaba tonteando con ella. De repente, se sintió deseada y hacía demasiado que no experimentaba ese placer.

¿Cómo era posible que se hubiera olvidado de lo bien que se sentía una cuando era observada de esa manera? ¿Por qué había permitido Jennifer que su vida se perdiera la agradable sensación del deseo entre informes de contabilidad y contratos?

Acercó su boca a la oreja de él y le susurró, dejándose llevar por todo eso que Jennifer había olvidado con tanto trabajo y que quería recordar.

—Sigue. No sé por qué, pero intuyo que esto se va a poner interesante.

A Cole su erección le apretaba en los pantalones. Pensó que era más que interesante. La chica del vestido rosa era una bomba y estaba deseando averiguar cómo se activaba en sus manos.

—¿Has llamado a alguien para que se una a la fiesta o mandado algún mensaje incómodo?

—Yo no, pero Claire sí. Creo que le ha roto el corazón al pobre Hans color zanahoria.

Cole se rio ante las carcajadas de ella por la broma que acababa de decir, aunque él no tenía ni idea de qué hablaba. Había bebido de más, estaba claro, pero no tanto como para que no fuera consciente de lo que estaban haciendo; un estado que a Cole le parecía más que perfecto.

Siguieron estudiándose mientras Jennifer movía las caderas al ritmo de la música. Siempre le había gustado bailar, así que no podía evitar hacerlo. Cada vez que se mecía, el vestido se le subía un poco por las caderas.

A Cole se le secó la boca y acarició levemente la cintura de ella.

—La etapa del baile erótico te la doy por válida.

Jennifer no se apartó, sino que su cuerpo pareció imantarse al del hombre y sus caderas se tocaron. Sentía calor. Mucho calor. Pero era reconfortante y no podía parar.

—¿Este movimiento de caderas? —Lo repitió con sensualidad—. ¡Vamos! ¿Esto es lo que tú conoces por un baile erótico?

Cole sonrió y sacudió la cabeza; aquella mujer sabía cómo seducir a un hombre.

—¿Quieres enseñarme uno de verdad? Tengo una llave del almacén.

—Más quisieras. —Ella intentó mostrar seguridad, pero ante la proposición del camarero tembló. Una parte de ella se moría por seguirlo a donde fuera—. Sigue.

—Ya has entablado conversación con un completo desconocido, así que esa me la salto —dijo Cole, mirándola con complicidad; Jennifer se perdió en el azul de sus ojos—. Creo que hemos llegado a la etapa del atrevimiento.

—¿Qué es eso?

La mano de él se deslizó hasta la parte baja de la espalda de ella y la atrajo hacia sí. Olía a rosas y a algo picante. A Cole la mezcla le pareció de lo más estimulante. Sintió que le iban a explotar los pantalones.

Se humedeció los labios y le susurró la respuesta cerca de la comisura de su boca.

—La de querer hacer cosas. Locuras. Lo que mañana cuando despiertes verás como una gran tontería.

—Mmm... Cómo no sabía qué votar, creo que acabé dándole mi voto a esto al azar. —Señaló su vaso relleno de líquido azul—. ¿Cuenta como una tontería?

—¿Votaste a esta mierda?

Jennifer se rio ante su cara de asco. Ella asintió y le dio un sorbo largo sin apartar la mirada de la suya. Cada vez estaba más excitada.

—Está delicioso. ¿No quieres un poco?

Dio otro trago, sintiendo que sus labios se mojaban de azul, y él suspiró contra su rostro. ¡Cómo le gustaba a Jennifer coquetear! Y no había perdido la práctica. Claire tenía razón en que

algunas cosas solo eran cuestión de soltarse y que no se olvidaban, como nadar o montar en bici. O follar. ¿Y si...?

—Me apetece más otra cosa —murmulló él.

Cole estaba tan cerca que podía notar la respiración acelerada de ella. Hasta intuía sus pezones erizados bajo la fina tela de ese maldito vestido.

—¿Qué cosa?

«Besarte. Lamerte. Hacerte el amor toda la noche. Oírte gritar mi nombre».

Carraspeó para encontrarse la voz y cambió esas palabras por otras que aún no liberaban del todo su deseo. No quería meter la pata ni tampoco incomodarla, así que prefirió tantear el terreno como buen experto que era en la materia.

—Igual te escandalizaría. No sé si es muy apropiado.

—Deja que lo juzgue yo, ¿no te parece?

Estaban tan cerca que sus frentes casi se rozaban. La respuesta de Jennifer hizo que Cole no pudiera refrenar su instinto y acariciara su columna de abajo arriba con dos dedos. Ella se estremeció.

Estaban a un suspiro de besarse. Ambos lo deseaban y cualquiera que se hubiera fijado en ellos habría notado lo que estaban compartiendo.

Cole no dejaba de imaginarse todo lo que ansiaba hacerle a la chica del vestido rosa, aún sin nombre. También se dijo que debía darle las gracias a Thomas; sin duda, el favor que le había hecho aquella noche ya le había sido devuelto con creces.

A Jennifer todo le daba vueltas, y no era por los cócteles, sino por todo eso que estaba despertando en ella. Sentía su cuerpo alerta, expectante, deseando arrancarse la ropa y hacer lo mismo con la de él. Ni siquiera se conocía en aquel momento. Poco quedaba de la Jennifer de los últimos meses, siempre pendiente de su trabajo y sin prestar atención a nada que no fuera una responsabilidad o un compromiso.

Levantó la mano y la apoyó en el pecho de ese camarero que estaba ofreciéndole un giro de lo más interesante no solo a su noche, sino un poco a su vida.

—¿Qué te apetece? Dilo.

Él la atrajo hacia su cuerpo y Jennifer pudo notar la dureza de su deseo contra su muslo. Después la observó con lentitud y susurró pegado a su boca la única palabra que parecía posible.

—Tú. Me apetece tú.

—¡Jennifer!

La voz de Claire rompió al instante todo lo que flotaba entre ambos.

—¡Cole!

Otra masculina a la espalda del hombre hizo lo mismo.

Se separaron dando un brinco, como si el otro quemara o como si despertaran de un sueño, y

se miraron una última vez con la disculpa pintada en su rostro.

Jennifer se giró y se estiró el vestido con nerviosismo, mientras Claire la observaba desde la mesa con el ceño fruncido.

—¿Qué era eso?

—Nada.

—Oh, cielos. ¿Os he interrumpido? Estaba tan concentrada en mi móvil que cuando te he llamado pensé que aún seguías sentada a mi lado. ¡Lo siento!

Claire observó a Cole, que se alejaba sin apartar la mirada del todo de Jennifer y charlaba con el hombre que lo había llamado entre susurros.

—No era nada. No pasa nada.

Pero sí lo hacía. El corazón de Jennifer daba tumbos y le costaba respirar con normalidad. Las manos le sudaban y, por mucho que la avergonzara, sentía cierta humedad en zonas que hacía mucho tiempo que nadie despertaba.

—Oye, está cañón. ¿Y quién es el otro?

—No lo sé. Ni siquiera sé quién es él. Es un camarero, no sé cómo hemos empezado a hablar y el ambiente se ha calentado.

Se bebió uno de los vasos de un trago.

—El otro no deja de mirarme. ¿Lo has visto?

Jennifer intentó fijarse en el hombre moreno de americana azul, pero no podía apartar los ojos del otro. Aún sentía los de él sobre su cuerpo.

—¿Y si nos vamos?

Claire entonces se dio cuenta de que su amiga estaba especialmente nerviosa, y acalorada, y no dejaba de lanzar miraditas al rubio de brazos anchos. No era el tipo de Claire, pero conocía lo suficiente a Jennifer para saber que los hombres con aspecto un tanto bruto la volvían loca, y aquel encajaba perfectamente en la descripción. Sonrió para sí y supo lo que debía hacer. Solo un empujón y Jennifer daría un paso.

—¿Por qué? ¡La fiesta está en su mejor momento! Además, ¿no estamos de celebración?

Jennifer alzó las cejas totalmente perdida. A lo lejos, Cole desapareció entre el gentío.

—¿De celebración?

—¡Sí! Son casi las doce, Jenn. Debemos brindar por tu año de sequía.

Puso los ojos en blanco, pero cuando Claire cogió una copa para brindar ella respondió al instante.

—No tiene gracia.

—Hay que tomarse la vida así, Jenn. ¡Sé positiva!

Pero, de repente, se sentía de nuevo la aburrida, estirada y anciana Jennifer. Sabía que al día siguiente se levantaría y trabajaría. Que el domingo iría a comer con sus padres; tal vez, incluso

aún con las consecuencias de la resaca del viernes. Que todo seguiría igual y que aquel tanteo inesperado con el camarero no había sido más que un espejismo.

Claire parloteaba sobre la posibilidad de tomarse ella un descanso en las relaciones. Tonterías como que quizá un año de sequía le serviría para valorar de verdad qué era lo que buscaba en los hombres, porque había llegado a un punto en el que ni siquiera lo sabía. Mientras ella hablaba sin parar, Jennifer buscaba al camarero entre la multitud. No era consciente, pero algo dentro de ella había despertado. Se sentía inquieta. Estaba a punto de actuar, aunque no lo sabía.

—Claire.

—¿No te parece? El año que viene podríamos estar aquí las dos brindando por mi año, ¡como tú y yo ahora! La tradición del California Beach. ¿No es una idea genial?

—Claire.

—A mí me lo parece. Si quieres, lo firmo en esta servilleta. ¡Mira!

Claire le mostró una pequeña servilleta llena de garabatos en la que, supuestamente, se prometía a sí misma y a Jennifer un año de castidad autoimpuesta. Sin embargo, Jennifer no podía escuchar nada que no fueran sus instintos.

Se levantó y cogió su bolso.

—Claire, voy a irme.

—¿A casa?

—No. Espero que no.

Se giró y encontró a Cole, aunque aún no sabía cómo se llamaba, saliendo de la barra del fondo. Al descubrir cuál era su objetivo, Claire sonrió satisfecha, cogió también sus cosas y movió la mano en señal de asentimiento.

—Ve. Yo, en realidad, tengo que irme. Estoy bastante borracha, ¿sabes? Me he dado cuenta cuando me ha parecido de verdad una idea genial lo de la servilleta.

Le dio un beso rápido a Jennifer en la mejilla y desapareció.

La chica del vestido rosa cogió aire y se dirigió hacia la barra con aplastante seguridad.

El deseo

Thomas no tenía la culpa, pero Cole estaba cabreado con él. Lo había llamado en el mismo momento en el que estaba a punto de besar a aquella desconocida y solo para preguntarle si había averiguado algo sobre Claire Dillon.

Él ni siquiera se había fijado en Claire; al lado de su amiga solo era una sombra de pelo rubio desordenado.

Le había parecido bien ayudar a Thomas; jugar a ser camarero esa noche había sido divertido, pero, de repente, quería marcharse a casa. Tal vez darse una ducha fría y liberar toda esa excitación en soledad.

Cogió uno de los cubos de basura de detrás de la barra y se dirigió a la salida de personal para vaciarlo. Necesitaba tomar el aire. El callejón estaba iluminado por la luz de la luna y no había nadie, aunque sí se oía el bullicio del local y de la playa que estaba al otro lado.

Cuando se dio la vuelta para volver dentro, la vio.

Allí fuera, su vestido rosa parecía aún más intenso. Sus labios, más apetecibles. Su cuerpo, más sensual de lo que podía imaginar. Las ganas de Cole crecieron hasta ser insoportables.

Jennifer solo necesitó verlo de nuevo para saber que él era lo que necesitaba para darse un respiro. Solo era un trabajador de un club; con no regresar al California Beach, no volvería a verlo. Era atractivo, interesante y la conexión había sido inmediata. Además, él parecía demasiado acostumbrado a los ligues de una noche como para no preocuparse por si de allí podía salir algo más. Era perfecto. Perfecto para no cumplir aquel maldito año que Jennifer veía como una señal de que algo en su vida iba francamente mal.

—¿A qué horas sales?

Cole ladeó la cabeza y se acercó a ella. No vio en sus ojos ni una duda de que se irían juntos aquella noche y eso le encantó. Odiaba las inseguridades, las medias tintas, los cobardes.

—Cuando tú quieras. No tengo hora.

—¿Qué trabajador no tiene horarios?

—El mejor.

La sonrisa ladeada de Cole hizo que el estómago de Jennifer se calentara.

—¿Tan seguro estás de ti mismo?

Volvían a estar apenas a un palmo de distancia.

—Te lo demuestro cuando quieras.

Jennifer cogió aire y se repitió otra vez que aún quedaba algo de la chica que un día había sido. Que no todo en la vida era una carrera laboral y que esa noche solo quería ser la mujer que no se había olvidado de sentir.

Dio un paso y se agarró de la cinturilla de los pantalones. Tiró y lo pegó contra su pecho.

—Ahora. Demuéstrame ahora.

Cole aceptó el reto. Alzó la mano y pasó los dedos con delicadeza por su cintura y su estómago hasta alcanzar su pecho y rozar la punta que se endureció bajo su contacto. Acarició su pezón sin dejar de mirarla hasta que Jennifer pensó que podría terminar allí mismo con nada más que ese roce.

Cuando él apartó la mano, ella jadeó y se mordió el labio. Abrió los ojos entrecerrados y se encontró con una mirada lobuna para echarse a temblar.

—Soy Jennifer.

—Cole.

Sonrieron antes de juntar sus labios con tantas ganas que los besos acabaron en mordisco. Si a Cole le gustaban las mujeres que llevaban el mando, a Jennifer le encantaba que la correspondieran en su ímpetu con igual fuerza, así que ambos descubrieron enseguida que su complicidad no solo se quedaba en las palabras.

Antes de darse cuenta de que se habían separado, ya estaban pidiendo una habitación en un hotel que quedaba frente al club. Jennifer apenas recordaba nada de ese lugar, ni la entrada, ni la recepción, ni si habían dado sus verdaderos nombres u otros inventados, ni la estética de la habitación, porque solo podía prestar atención al hombre que la acompañaba y que despertaba en ella sus instintos de un modo demencial.

Besarlo ya había sido puro sexo, no podía ni imaginarse cómo sería con el resto de su cuerpo.

En cuanto se cerró la puerta del dormitorio, Jennifer lo empujó encima de la cama y él se dejó caer. Subió su vestido por las caderas para poder acomodarse sobre Cole y notar como encajaban a la perfección.

—¿Qué pensaste? Cuando te pregunté qué era lo que te apetecía. —Él fue a repetir su respuesta, pero Jennifer negó con la cabeza—. La verdad. Quiero la verdad.

Cole se rio entre dientes mientras le dejaba besos en el cuello y en el escote. Luego se puso serio antes de agarrarla por la nuca y susurrarle contra los labios.

—Besarte. Lamerte. Hacerte el amor toda la noche. Oírte gritar mi nombre.

Ella contuvo un jadeo. Después sonrió contra su boca y movió las caderas lentamente.

—Pues tienes suerte, porque a mí también me apetece.

Jennifer lo besó y sus lenguas se enredaron. La ropa desapareció poco a poco. El vestido rosa de ella acabó en el suelo. Cole le arrancó la ropa interior con los dientes antes de quitarse la suya a tirones. Conocieron sus cuerpos desnudos, se recrearon en la excitación del otro y él cumplió todas las cosas que deseaba hacerle a Jennifer durante toda la noche.

Cuando terminaron la primera vez, los dos jadeantes y sudados sobre la cama a medio deshacer, se miraron y rompieron a reír.

—Estás buenísima.

Ella puso los ojos en blanco.

—Qué romántico.

—Si quisieras romanticismo, me habrías invitado a cenar.

Cole le guiñó un ojo y ella no pudo decir nada, porque él tenía razón. Aquello solo era sexo. El mejor sexo que Jennifer había tenido en su vida.

Lo observó a su vez de arriba abajo, recreándose en su desnudez, y sintió que lo deseaba de nuevo. Se pinzó el labio y se deslizó con coquetería sobre él.

—Tú tampoco estás mal.

Cole sonrió.

—Eso me parecía.

Rieron, él miró el reloj y al darse ella cuenta de que ya eran bien pasadas las doce, la confesión de Jennifer salió sola.

—Hacía un año que no me acostaba con nadie.

—¿Qué? ¿En serio? Y yo que pensé que las ganas que tenías eran por lo atractivo que soy, no por tu sequía.

Ella le pellizó el estómago marcado y acabó deslizando los dedos hacia abajo.

—Llevo un año... complicado. No te rías, pero pensé que se me habría olvidado.

Las carcajadas de Cole llenaron la habitación y Jennifer escondió la cabeza en su cuello. Pensó que podría quedarse allí para siempre, en una cama con aquel hombre al que acababa de conocer, y tuvo miedo.

—Déjame decirte que no has perdido tus habilidades.

Ella continuó acariciándole y notando la manera en la que su sexo despertaba de nuevo. No solo estaba permanentemente excitada, sino que también se sentía cariñosa; había una complicidad entre ellos natural que Jennifer estaba disfrutando.

—Me alegra saberlo, aunque creo que hay algunas cosas que debo practicar más...

Se subió a horcajadas sobre Cole y comenzó a besarle el torso. Él echó la cabeza hacia atrás y dejó que Jennifer llevara las riendas. En aquel momento, le habría regalado hasta su piso de habérselo pedido.

—La práctica es importante. Dicen que...

Cole iba a soltar alguna frase hecha, pero se quedó a medio camino cuando la boca de Jennifer se perdió por debajo de su ombligo.

Tres horas después, los dos dormían plácidamente.

Otras tres más tarde, Jennifer abrió los ojos y se dio cuenta de que ya había amanecido. A su lado, Cole dormía desnudo y roncaba levemente. Lo observó unos minutos, recordando todo lo que habían compartido esa noche, desde el coqueteo en el bar hasta la pasión desenfadada en ese dormitorio de hotel. No recordaba haber sido tan osada en la cama en toda su vida. Se lo había pasado increíblemente bien, de eso no tenía dudas, y Cole había resultado ser un amante de los que no se olvidan, pero... pero ella debía olvidarlo.

Eso había sido aquella noche, un paréntesis de su vida que a la mañana siguiente desaparecía en el olvido.

Se cubrió como pudo con una sábana y al incorporarse notó la primera punzada en su cabeza.

«Hola, resaca».

Buscó su móvil por el suelo y lo encontró con apenas un hilo de batería dentro de su bolso. Tenía tres mensajes de Claire. Nada más. Bueno, sí, la bandeja de entrada de su correo electrónico marcaba un número tan alto de mensajes sin leer del trabajo que la mareaba.

Suspiró ya profundamente agotada antes de que comenzara el día y decidió marcharse de allí sin hacer ruido y sin despertar a Cole.

Sin embargo, no tuvo tiempo ni de intentarlo, porque la voz de Cole y su mano tocándole el trasero la hicieron dar un brinco.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—Claro.

Se levantó para alejarse de él. Si la tocaba, no respondía de sus actos. Aquel hombre tenía algo adictivo. De repente, no podía ni mirarlo. Una sensación de vergüenza despertó en ella de forma inesperada.

Recogió su ropa del suelo y se encerró en el cuarto de baño dando un portazo. Se aseó como pudo, mientras al otro lado de la puerta Cole silbaba una canción de unos dibujos animados.

Jennifer maldijo en silencio.

Cuando salió, él seguía completamente desnudo sobre la cama con los brazos entrelazados en su nuca. Sonreía como si estuviera orgulloso de su cuerpo, cosa que Jennifer comprendía después de haberlo estudiado a su antojo, pero tampoco era partidaria de tanto descaro.

—¿Te vas?

—Claro. Ya no hay mucho más que hacer aquí —dijo ella con una sonrisa a medias.

—Bueno... aún podríamos hacer muchas cosas.

Jennifer suspiró y se dirigió a la puerta mostrándose segura.

—No, la noche ha terminado. Encantada de haberte conocido.

Cole se rio con fuerza.

—Sé que estás encantada, no me cabe duda. Y yo también, si te lo estás preguntando.

Ella asintió. Con resaca y con tanta luz, ya no le hacía tanta gracia su picardía.

—Me alegro de que haya sido mutuo.

Jennifer fue a girar el picaporte, pero la voz de Cole la paralizó.

—Puedo darte referencias, si quieres.

—¿A qué te refieres?

—De que, pese a tu año, sigues en forma. Te daría... —alzó la mirada al techo, pensativo—. Te daría un notable alto.

Jennifer apartó la mano de la puerta y se encaró con aquel hombre que resultaba que no era solo un demonio en la cama. Porque lo que Cole aún no sabía es que la antigua Jennifer sabía muy bien jugar a ese juego.

—¿Y por qué solo un notable? ¿Crees que lo que te hice ayer con la lengua es mejorable?

Los ojos de Cole brillaron por el desafío. Ahí estaba de nuevo esa mujer que lo había enloquecido en el club y después en la cama.

—No, lo de la lengua es sobresaliente, pero tu forma de dar los buenos días deja mucho que desear y baja la nota media.

Jennifer se tensó, pero no porque la actitud de Cole la enfadase, sino porque hacía que naciese de nuevo entre ellos esa excitación inmediata.

Se acercó al cuerpo desnudo de Cole con lentitud. Él la miraba embelesado. Jennifer se acercó a su boca. Aún olía a sueño y a sexo. Lo besó de forma perezosa agarrándole la barbilla y cuando sintió que Cole volvía a estar preparado para mucho más, lo soltó.

—Espero que esto sea un plus que me devuelva mi sobresaliente.

Le guiñó un ojo y se marchó.

Cole escuchó sus tacones alejándose al otro lado del pasillo. Antes de echarse a reír él solo en aquella habitación inmensa, no pudo evitar gritar lo más alto posible para que ella aún pudiese escucharlo esperando al ascensor:

—¡Tu forma de decir adiós es de matrícula de honor!

La realidad

A Jennifer le gustaban los lunes. Quizá solo a las personas aburridas les gustaban, pero para ella siempre era el arranque que la motivaba para una nueva semana. Creía que empezar las cosas con ganas hacía que tuviera más posibilidades de que salieran bien.

Aquel lunes, además, estaba deseando volver a su rutina después de haber pasado la noche del viernes haciendo el amor, el sábado dormitando en el sofá y el domingo con sus padres después de desayunar con Claire, que la había obligado a darle todos los detalles de su encuentro con Cole. Y no habían sido pocos. Los habían recreado con tanto ahínco que Jennifer se había pasado acalorada toda la noche del domingo hasta acabar soñando con lo sucedido con ese hombre.

Jennifer necesitaba olvidarse de sus caricias entre informes de cuentas.

Se quitó las gafas cuando Mason llamó a la puerta de su despacho.

—Mason, pasa.

—Buenos días, Jenn. ¿Qué tal el fin de semana?

Ella sonrió como toda respuesta y él entró y le mostró en una planilla los compromisos más importantes de la semana, un recordatorio que le hacía cada lunes y que ella, pese a que tenía todo organizado en su propia agenda, agradecía. Junto a Rose y a Becky, que lamentablemente los había dejado por un asunto familiar, formaban un gran equipo.

—Son casi las once, tenemos reunión con Moore.

Ambos salieron.

Henry Moore era su jefe. No solía reunirse con ellos, Jennifer ya se ocupaba de las decisiones importantes y coordinaba a todo el equipo destinado a ese departamento, pero en circunstancias excepcionales los reunía en la sala de juntas y ese día los había citado. Todos tenían curiosidad por descubrir a qué se debía.

Cuando entraron, Rose ya estaba sentada esperando. Ella y Mason ocuparon sus asientos y, al minuto, apareció Henry seguido por un hombre trajeado. Un hombre de pelo rubio, ojos azules y unas manos capaces de hacer que Jennifer perdiera el juicio.

¿Qué narices estaba haciendo Cole en su trabajo?

Se echó hacia atrás con tanta fuerza que la silla chirrió. Todos la miraron, incluido Cole, que lo hizo por primera vez y se quedó tan sorprendido como ella.

¿Qué demonios hacía Jennifer sentada en el despacho de su tío? ¿Era posible que la mujer con la que llevaba todo el fin de semana fantaseando fuera la misma de la que su tío hablaba con adjetivos como «implacable», «tenaz», «mano de hierro»?

La vida podía ser de lo más imprevisible.

Cole sonrió con amabilidad, aunque Jennifer supo en el acto que aquella sonrisa guardaba

mucho más. De repente, esa decisión de aceptar el puesto que su tío Henry llevaba ofreciéndole años y que, hasta ese momento, había rechazado cobraba un sentido diferente.

Se había marchado del hotel con la sensación de que se le había escapado una gran mujer. Jennifer se había despertado siendo otra; una que pasaba por la última etapa de la borrachera: el arrepentimiento. Y él era de lo que se había arrepentido.

Sin embargo, para Cole la noche del viernes había sido increíble; única; para repetir, sin duda. Quería volver a ver a Jennifer, pero no sabía su apellido, ni le había dado su número, tampoco sabía dónde vivía, ya que habían sido lo bastante cautos para acostarse en un hotel. No sabía nada de ella más que era amiga de la chiflada de Claire Dillon. Y, de pronto, la vida los sorprendía cruzando sus caminos de nuevo.

Sonrió con más ganas sin poder remediarlo.

—Buenos días a todos. Este es Cole Chapman, a partir de hoy va a ocupar el puesto de Rebecca. Cole, te presento a Rose, Mason y Jennifer Stone, la coordinadora y gestora de cuentas de Dietic Life.

Cole se acercó educado y saludó a cada uno de ellos con un firme apretón de manos. Eran un equipo joven en el que pensó que podría encajar. Cuando estrechó la suya con la de Jennifer, saltaron chispas. Quizá porque ambos recordaron lo que esas manos habían acariciado en el cuerpo del otro.

Se observaron sin pestañear más tiempo del socialmente bien visto, hasta que Jennifer se apartó con cierta altanería y siguió a Henry fuera de la sala.

Ella no podía creérselo. ¿Cómo era posible que de todos los hombres del planeta Henry hubiera escogido al único con el que Jennifer se había acostado en el último año? No solo eso, apenas días antes. Era de locos. Tenía que tratarse de una broma, una equivocación o un sueño. ¿Tanto había bebido el viernes que aún le duraba la resaca?

No obstante, se dio cuenta de que todo era real al ver el contrato de Cole firmado sobre la mesa del despacho de Henry.

Jennifer tragó saliva y habló sin pensar, dejando a un lado a la profesional que era por primera vez en años y hablando como la mujer asustada y avergonzada que era en esos instantes.

—Henry, precisamente quería hablarte del puesto de Becky. Mason, Rose y yo hemos sido capaces de solventar su ausencia sin problemas. He llegado a la conclusión de que un equipo de tres personas es suficiente y supondría un ahorro importante para la empresa. No es necesario cubrir el puesto.

Henry la miró desconcertado. Ella se dio cuenta al momento de que no era para menos. No solo estaba poniendo en tela de juicio su decisión, sino que, además, estaba proponiendo despedir a una persona que ni siquiera conocía.

Su jefe la observó con consternación. Era un gran hombre; a Jennifer la recordaba a su padre y

eso le provocó ganas de llorar.

—Jennifer, siempre os estáis quejando de que llegáis justos, y sé que es cierto. Incluso con Becky solías trabajar al límite. Además, el puesto ya está cubierto. Espero que Cole no dé ningún problema.

Ella asintió, aunque no pudo evitar preguntar a Henry por esa última apreciación.

—¿Por qué iba a darlo?

Él chasqueó la lengua y, de pronto, se mostró preocupado.

—Esto es confidencial, así que quede entre tú y yo. —Jennifer le dio su palabra con una mirada—. Cole es mi sobrino por parte de mi mujer.

—Oh.

—Sí, lleva unos años un tanto a la deriva, pero tiene la formación y las capacidades necesarias para este trabajo. Confío en él y espero que tú también lo hagas.

—De acuerdo.

Jennifer salió del despacho confundida. Su vida había dado un giro que no esperaba. No solo eso, al entrar de nuevo en la sala donde su nuevo equipo estaba reunido, no pudo remediar observar a Cole con otros ojos. Era un enchufado. Había entrado ahí por ser familia del jefe cuando al resto del personal le había costado un esfuerzo increíble ascender y conseguir su puesto.

Jennifer, pese a su reacción de minutos antes, era una persona muy respetuosa con sus compañeros. No le importaba que alguien tuviera más o menos formación, siempre y cuando se entregara a sus deberes.

Pese a ello, solo había una cosa que no soportaba y era que las personas no tuvieran que esforzarse para conseguir sus objetivos; que se los regalaran. Jennifer no soportaba la clase de hombre que, de pronto, le demostraba que era Cole Chapman.

A la hora de comer, Cole, por fin, tuvo un rato libre para poder acercarse al despacho de Jennifer y estar a solas con ella. Había pasado la mañana bajo la tutela de Rose y, pese a que su nueva compañera era un encanto y debía aprender rápido para no quedarse atrás con el ritmo de trabajo que todos ellos llevaban, no había podido dejar de pensar en Jennifer ni un solo instante.

La misma chica seductora y divertida que había conocido en el California Beach no se parecía demasiado a la que le habían presentado en la oficina; una que, pese a que había fingido indiferencia ante su llegada, no había sabido ocultar del todo su hostilidad. Henry siempre hablaba maravillas de ella en las cenas familiares, pero a Cole esa Jennifer vestida de traje de chaqueta, gafas y coleta tirante no le había generado una gran simpatía. De no haberla conocido en otros ámbitos, la primera impresión habría sido francamente pésima.

Golpeó la puerta acristalada con los nudillos.

—¿Tienes un momento?

Asomó la cabeza y Jennifer lo observó con severidad detrás de sus lentes. Cole debía aceptar que aquellas gafas le daban un aspecto... interesante. Se imaginó las mil escenas que podían protagonizar ambos sobre la superficie lacada de esa mesa de escritorio.

—¿Ya te han enseñado tu despacho?

—Sí.

—¿Alguna duda con tus tareas?

—No.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Cole suspiró. Había pensado que iba a ser relativamente fácil tratar con ella, pero se había equivocado por completo. No podía estar más a la defensiva.

Jennifer estaba apretando tanto el bolígrafo entre sus dedos que creía que acabaría rompiéndolo. ¿Qué se supone que estaba haciendo Cole? Le había dejado muy claro con su actitud al marcharse del hotel que aquello solo había sido una noche de pasión que se había terminado en cuanto había salido el sol. De haber deseado algo más de él, habría tenido intenciones de compartir teléfonos o lo que fuera. Pero no. Jennifer había roto su racha de sequía con él y el contador volvía a estar a cero. Se había demostrado a sí misma que dentro de esa carrera que tanto parecía importarle aún quedaba algo de la joven de veintiocho años que también ansiaba disfrutar de la vida, aunque a ratos se le olvidara.

No obstante, ahí estaba él. Tan guapo en traje como se lo había parecido desnudo y jadeante. Con esa sonrisa pícaro que sabía que siempre guardaba pensamientos perversos. Con sus bromas constantes cada vez que hablaba.

Suspiró y escuchó, fingiendo una profesionalidad que en aquel instante no sentía, lo que Cole estaba dispuesto a decirle.

—Quería hablar contigo, Jennifer.

—Para ti, señorita Stone.

Incluso Jennifer se sorprendió de esa salida de tono, pero estaba nerviosa y, cuando perdía el control en una zona que para ella era la más segura que conocía, se crispaba y sacaba a relucir su parte más afilada y dañina.

Cole alzó las cejas asombrado por su orden.

—¿Es en serio?

—¿Por qué no iba a serlo? ¿Estás cuestionándome el primer día de trabajo?

Él se armó de paciencia e intentó explicarse de la forma más cordial posible, aunque por dentro comenzaba a enfadarse. Sí, ella era su superior, lo sabía, pero igual que sabía que su actitud se debía a lo que habían compartido entre sábanas y no a su reciente incorporación al

equipo.

—Todo el mundo te llama Jennifer aquí, incluso Jenn.

—Ajá.

Ella parpadeó. Sabía que exigirle llamarla por su apellido había sido una tontería descomunal, pero ya no podía echarse atrás. Si lo hacía, sería admitir que se había equivocado y que su presencia la incomodaba.

—Eh... vale. Señorita Stone —Cole carraspeó para evitar reírse—, quería hablar contigo sobre nosotros.

Ella parpadeó de nuevo.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros. Es la palabra que nos engloba a ambos. Tú y yo. ¿Comprendes?

No, Jennifer no comprendía. Por supuesto que entendía la palabra, al igual que odiaba cada vez más el tono socarrón de Cole, pero no alcanzaba a entender por qué él estaba en su despacho cuestionándose algún tipo de relación con ella.

El viernes ni siquiera se conocían y el lunes él estaba apoyando las manos en la mesa de su escritorio y Jennifer solo era capaz de parpadear y de admirar la forma en la que se le ceñía al pecho la camisa blanca.

Se levantó con brusquedad y se colocó a la misma altura que él, apoyando sus manos en una postura idéntica. Volvían a tener los rostros tan cerca como para contar las pestañas del otro.

Cole pensó que tras esos cristales los ojos de Jennifer parecían gigantes, pero que aquello le gustaba.

Jennifer pensó lo excitante que sería besarlo sobre esa mesa, en su despacho, mientras el resto del edificio trabajaba sin saber lo que estaba sucediendo en ese cuarto.

¿Por qué diablos estaba pensando aquello?

Carraspeó y habló sin titubear, aunque con Cole tan cerca el resto de su ser temblaba.

—Mira, Chapman. Voy a decirte algo y espero no tener que repetírtelo. Aquí dentro, tú y yo somos empleado y jefa. Porque sí, soy tu jefa, por mucho que a tu orgullo masculino pueda desagradarle la idea. —No comprendía por qué había dicho eso, pero Jennifer se sintió satisfecha de poder posicionarse por una vez por encima de alguien; jamás había tratado al resto del equipo con tal condescendencia—. Lo que pasó el viernes ya está olvidado. En realidad, ya ni siquiera existe. Así que ponte a trabajar, porque a partir de este instante debo evaluarte como a todos los demás, y da igual lo que un día sucediera entre nosotros y quién sea tu tío, porque voy a hacerlo con la misma exigencia que lo hago con los demás.

Cole podría haberla odiado en aquel momento. De haber sido cualquier otra persona, habría despreciado su soberbia, pero era Jennifer y desde que había dicho que era su jefa su imaginación había cobrado vida. Para él su posición no era un problema, ni mucho menos; quizá, sí un

obstáculo más para dejar de pensar en Jennifer en unos términos que a ninguno de los dos le convenía.

Y, pese a que sabía que lo más sensato era no enfadarla más, al fin y al cabo, su empleo estaba en juego, Cole no llevaba muy bien la contención, así que habló antes de pensar:

—Entendido, jefa. El viernes yo evalué tus habilidades y ahora te toca a ti.

Le guiñó un ojo y salió del despacho sin dar a Jennifer la posibilidad de responder.

Las confesiones

Claire hacía esfuerzos por no reírse, pero se le escapaba la risa sin poder evitarlo. No era para menos ante la suerte, aún no sabía si buena o mala, de su amiga. ¿Cómo era posible que hubiera pasado algo semejante? El universo tenía un sentido del humor de lo más canalla. Al imaginarse de nuevo la expresión de Jennifer al ver al camarero del California Beach entrar en la sala de reuniones, estalló en carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —exclamó Jennifer molesta.

—¿Tú qué crees? ¡Vamos, Jenn!, asume que tiene su gracia. Os conocéis de casualidad el viernes en el California Beach, os acostáis de un modo que tú me has descrito como una bomba nuclear y, el lunes, aparece en tu despacho como el nuevo miembro de tu equipo.

¿Tenía gracia? En absoluto. Jennifer suspiró. ¿O quizá sí? Pensó que, si aquella historia hubiera sido una de las que solía contarle Claire después de sus fines de semanas siempre llenos de anécdotas, se habría reído con ganas, pero se trataba de ella misma, y en el papel protagonista y con esa trama tan incómoda no le encontraba la más mínima gracia.

Estaban cenando en un restaurante. No era habitual que se vieran entre semana, pero por una vez Jennifer estaba tan desubicada por lo sucedido que había llamado a Claire y le había rogado que se vieran con la intención de poder desahogarse.

Claire había aceptado encantada.

—¿Y qué vas a hacer?

La pregunta de su amiga la sorprendió; no tenía sentido alguno.

—¿Qué voy a hacer? —Sacudió la cabeza decepcionada por la situación—. No puedo despedirlo sin motivos, Claire.

No iba a negar que no se le hubiera pasado por la cabeza, pero no había perdido el juicio del todo y aceptaba que era una idea descabellada, injusta y estúpida. ¿Tentadora? También. Un simple mal informe con su firma y Cole Chapman volvería a servir copas los fines de semana. De hecho, no se podía creer que hubiera pasado de ofrecer cócteles de nombres estúpidos a formar parte de un equipo como el suyo.

Jennifer frunció el ceño y sintió la rabia, porque solo había una explicación para eso; sí, era un enchufado y, por mucho que Henry lo defendiera, Jennifer dudaba que estuviera capacitado para trabajar a su lado.

Sin embargo, la mirada alucinada de Claire le hizo pensar que, quizá, ella no se refería a eso.

—Jenn... no me refería a eso.

Ella sonrió de un modo falso.

—Ya. Estaba bromeando.

—¿Vas a tirártelo?

Entonces fue Jennifer la que miró a su amiga como si se hubiera vuelto completamente loca.

—¿Qué?! ¡No!

—¿Por qué no? —preguntó Claire seria y dando un sorbo a su té helado.

Jennifer no se podía creer que le estuviera preguntando eso. Su historia con Cole había sido intensa pero breve; casi inexistente, si no fuera porque aún notaba ciertas agujetas en su cuerpo que le hacían recordar de vez en cuando lo bien que encajaban juntos.

Cogió la carta del restaurante y se abanicó con ella. Claire se rio y Jennifer no pudo ni disimular a qué se debía su repentino calor.

—¿Por qué no? Te gustó. Te gustó mucho, Jenn.

Era cierto. Jennifer no podía pensar en su noche con Cole sin estremecerse. Sin embargo, estaba segura de que no podía repetir-se. Y ya no porque para ella solo había sido un paréntesis, una liberación del estrés diario, sino porque era su jefa y, además, él era el sobrino de Henry. Jamás se debía mezclar la carrera profesional con el amor, con el sexo o con lo que fuera aquello.

—Sí, me gustó, pero no puede ser. Tampoco puedo permitirme una distracción así y, créeme, verlo por las oficinas a diario ya va a pasarme factura.

Claire asintió, pero Jennifer la conocía demasiado bien como para saber que estaba maquinando algo. Su sonrisa pícara se lo confirmó.

—Pero... nadie tendría por qué enterarse.

—Yo lo sabría. Con eso me vale.

Claire se encogió de hombros y se metió un trozo de tarta de zanahoria en la boca. Estaba deliciosa. Se lo apuntó en su agenda para escribir un artículo de aquel restaurante algún día.

Jennifer, en un intento por olvidarse de sus problemas, le preguntó a Claire por el resto de su fin de semana.

—Dime que a ti te fue mejor que a mí.

Claire puso los ojos en blanco. Odiaba que Jennifer se victimizase.

—Claro, porque una noche de sexo desenfrenado es una tortura... —Ambas se rieron—. Bueno, le partí el corazón a Hans con un mensaje y antes de salir el viernes del California Beach tuve un encontronazo con el dueño.

—¿En serio? ¿Qué te dijo?

—Fue un imbécil.

La sonrisa de Claire fue de lo más enigmática.

—No te hagas la misteriosa. Yo te he contado todo sobre Cole. Y cuando digo «todo» me refiero a más de lo que debía.

—Cierto, podría hacer un dibujo de su cuerpo desnudo sin necesidad de verlo.

Jennifer se sonrojó sin poder evitarlo. ¿Qué diablos le pasaba con ese hombre?

No obstante, el relato de Claire consiguió que se olvidase, por fin, por unos instantes de lo que le daba vueltas sin parar en la cabeza.

—Me choqué con él, de forma literal. Me pisé un cordón de las zapatillas y me tropecé. Caí sobre su pecho y me agarró. Hasta ahí, todo bien. Le pedí perdón y le sonreí con toda la educación de mi colegio de pago. —Jennifer sonrió; su amiga era única contando historias—. Pero él me reconoció, porque comenzó a hacerme la pelota de ese modo que odio, ¿sabes? Que si había pasado buena noche, que si quería una copa, que si quería entradas vip para la fiesta del sábado siguiente... tonterías.

—Oh, no, Claire. Dime que no te calentaste.

Ella apartó la mirada; Jennifer habría pensado que estaba avergonzada, si no supiera que Claire jamás sentía vergüenza por nada.

—Era un estirado. Con su americana de firma y su pelo repeinado. Sudaba dinero y no tardo en intentar comprar mi opinión. Sabes que odio eso. Lo odio, Jenn.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije que se podía meter sus ofrecimientos por el culo.

Las cejas de Jennifer tocaron el techo del local.

—¿En serio?

—Claro.

—¿Y él qué te dijo?

Aquella escena casi ganaba a la protagonizada por ella misma en el despacho de Henry.

—Que era una maleducada. Y yo le contesté que solo con quien faltaba al respeto a mi profesionalidad. Y, bueno, nos metimos en una discusión en la que soltamos de todo por la boca. Ni siquiera la recuerdo con exactitud.

Jennifer se llevó la mano a la frente. Conocía tanto a Claire que sabía que la situación había sido memorable.

—¿Te echó del club?

Claire se irguió con orgullo.

—No le dio tiempo, me marché yo.

Jennifer observó a su amiga, con un vestido corto de lunares, su pelo corto rubio echado hacia atrás con una cinta y sus inseparables Converse fucsias. Le parecía increíble que en un cuerpo tan pequeño y con una apariencia tan dulce y casi angelical viviera un espíritu imparable.

Entonces Claire soltó la pajita de la que bebía de sus labios y sonrió a Jennifer con una picardía que la atemorizó.

—¿Por qué sonríes así?

Ella se acercó más a su amiga y le susurró lo que no se habría esperado ni en un millón de años.

—Porque después de esa discusión, llegué a casa, me hice un bocadillo del tamaño de mi cabeza y me senté a escribir el artículo.

Claire sonrió con inocencia, le guiñó un ojo y Jennifer estalló en carcajadas.

—Necesito verlo.

Lo leyeron juntas mientras se apartaban las lágrimas de los ojos por las risas. Aquel artículo era una granada que explotaría en cuanto Claire lo publicara. Sus jefes le habían dado carta blanca para ser todo lo malévola que quisiera, pero, pese a que a veces las críticas que hacía no eran positivas, su ingenio y sentido del humor las envolvía de algo atrayente que provocaba igualmente visitas en esos negocios.

Sin embargo, aquello era otra cosa. Claire había cruzado una línea guiada por el desprecio a ese hombre.

—No puedes publicar esto, Claire.

—¿Por qué no? Además, lo hice mientras te esperaba aquí, hará una hora.

Thomas miraba a Cole esforzándose por contener una carcajada. La historia le parecía el guion de una película de sobremesa.

—Puedes reírte, tío. Yo lo hago cada vez que pienso en ello.

Ambos hombres rompieron a reír.

Estaban comiendo en el nuevo restaurante de Thomas. Aún estaba cerrado al público, pero ya tenía todo preparado para la apertura que tendría lugar en cuanto tuviera los permisos necesarios, que ya se demoraban un par de semanas. Un nuevo negocio para su amigo, que con perseverancia y mucho trabajo estaba creando un pequeño imperio con su nombre.

Cole no se lo decía a menudo, pero estaba muy orgulloso de lo que había conseguido. A su lado, él era un vago y un inmaduro, tanto como para llegar al límite de acabar aceptando el puesto en la empresa de su tío.

Le había contado su encuentro con Jennifer. Aquel encuentro casual que no podía quitarse de la cabeza. Además, tenía un problema que debía aprender a controlar si no quería que su vida fuera un completo infierno.

—Thomas, ¿cómo voy a hacer para no imaginármela desnuda cada vez que la vea?

Él sacudió la cabeza.

—Ese es el menor de tus problemas.

—¿Estás seguro?

Para Cole eso iba a ser una auténtica tortura. Más aún después de ver a Jennifer en una versión que le atraía de una forma demencial. Con traje de chaqueta, gafas y mirada heladora. ¿Quién

quería fantasías con una jefa como ella? Su nueva vida laboral estaba abocada al desastre más placentero.

—Qué mala suerte, Cole.

Ambos meditaron sobre ello, pero Cole sonrió de forma inesperada.

—¿Mala? Quería volver a verla y ahora voy a hacerlo cada día. Quizá tenga que plantearme esto como una oportunidad.

—Pero se trata de tu trabajo. Y de Henry. No puedes fallarlo. Además, es tu jefa.

—Lo sé.

Pero, pese a su respuesta, la mente de Cole había viajado a un despacho. En él, Jennifer lo mandaba pasar enfundada en un traje ajustado en el que no llevaba nada más debajo. Se pinzaba el labio y lo observaba con severidad tras sus gafas. La escena terminaba con un polvo bestial sobre la mesa.

Cole sonrió emocionado por esa nueva perspectiva. ¿El trabajo? Nada podía importarle menos.

Thomas se dio cuenta por donde se andaba su amigo; era demasiado transparente para él.

—Cole... no puedes acostarte con tu jefa.

—Pero... ¿y qué pasa si nadie se entera?

Thomas alzó las manos y las dejó caer con un suspiro.

—Eres incorregible.

Lo era. Cole siempre había sido una de esas personas que vivían el día a día, el presente, sin importarle las consecuencias de sus actos en el futuro. No es que fuera un irresponsable, pero no comprendía gastar la vida en una monotonía que no iba con él. Después de haberse formado en la universidad y finalizado sus prácticas, había rechazado la oferta familiar de entrar como ayudante de su tío Henry, había comprado un billete de avión y se había pasado cuatro años recorriendo el mundo y trabajando de lo que salía para poder comer al día siguiente. Nunca había tenido una relación más estable de lo que su modo de vida le permitía, así que había dejado amantes por muchos puntos del mapa que jamás volvería a ver. Si había acabado aceptando aquel puesto de trabajo, había sido solo porque le había prometido a su madre unos años cerca desde que ella había enfermado.

—Cuéntame tú, Thomas, ¿qué tal fue el concurso?

—Bien. Espero doblar facturación este verano.

Pese a lo que eso significaba, Cole supo por la tensión en la mandíbula de su amigo que le escondía algo.

—¿Qué no me estás contando? —Entonces se acordó—. ¿Sigues nervioso por la loca de Claire Dillon? Vamos, tío, es de lo más inofensiva. Estuvo toda la noche pasándose bien como cualquier otra joven.

Thomas se pasó la mano por el rostro y confesó.

—Hablé con ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé, se chocó conmigo y me puse nervioso al reconocerla. Así que...

—Joder, Thomas.

Este chasqueó la lengua y confesó lo que Cole ya intuía.

—La cagué.

—No creo que sea para tanto —lo animó Cole; había leído algunos artículos de Claire y no se la podía echar en cara nada, solo alabar un sentido del humor inteligente y una pluma chispeante.

Thomas sacó su teléfono móvil y buscó en internet el *magazine* en el que ella trabajaba. En cuanto vio que ya estaba actualizado, se tensó.

Puso la pantalla de modo que ambos pudieran leerlo y, según lo hacían, sus expresiones se fueron transformando. La de Cole pasó de la tranquilidad al asombro. La de Thomas, a un enfado incapaz de ocultar.

—¡Joder, es mucho peor de lo que pensaba! ¡Maldita loca de Claire Dillon!

Dio tal manotazo que el teléfono cayó al suelo y, por la cara de su amigo, Cole supo que Thomas acababa de declararle la guerra a esa pequeña mujer capaz de escribir los artículos más envenenados.

La caída

El trabajo de Jennifer podía resultar aburrido para cualquiera a quien se lo explicara, pero a ella le gustaba. Siempre había sentido fascinación por los números; cuando se centraba en sus tareas sentía una serenidad que, pese a la presión y al ritmo frenético de trabajo, la hacía sentir bien. Era como si su cerebro se activara al máximo para lo que tenía que hacer y se desactivara por completo para todo lo demás.

Sin embargo, con Cole en la misma mesa que ella, le resultaba imposible concentrarse como siempre. Era como si hubiera un elefante en la misma habitación y, por mucho que intentase ignorarlo, su presencia jamás desaparecía. Hasta oírle respirar la molestaba. Si él se levantaba para ir al aseo, Jennifer chasqueaba la lengua molesta por la interrupción. Si sonreía ante una de las bromas de Mason, le estropeaba el chiste y la sonrisa de Jenn se borraba. Si su perfume se quedaba en el ascensor y ella subía después, lo notaba pegarse a su ropa y se pasaba el resto de la jornada molesta y deseando llegar a casa y meterse en la ducha.

Y solo había transcurrido una semana.

En todos esos días, no se habían quedado a solas en ninguna ocasión. Ella lo había evitado a toda costa y solo habían coincidido en las reuniones de equipo. Pese a ello, Jennifer sabía que antes o después llegaría el momento, y aquel martes por la mañana había sido el escogido.

Rose le había asignado a Cole como prueba una serie de informes que Jennifer tenía que revisar. De haber podido, se habría negado, pero, ante todo, era una profesional y ni el mismo Cole Chapman iba a cambiar aquello.

—Señorita Stone.

Él entró y Jennifer tensó la mandíbula ante su saludo. No había momento en el que no se hubiera arrepentido de haberle pedido que se dirigiera a ella así; entre otras cosas, porque Rose y Mason habían alucinado la primera vez y sonreían cada vez que Cole lo decía. Sentía una inseguridad en su posición que jamás había sentido. Y toda la culpa la tenía ese hombre de anchas espaldas y mirada siempre divertida.

En realidad, Jennifer sabía que la culpa era suya por haberse dejado llevar la noche del concurso de cócteles por la simple tontería de romper su año de sequía.

Y ahora debía aguantar, a saber por cuánto tiempo, trabajar mano a mano con la causa de ese desastre.

Cole se coló en su despacho y ella lo observó de arriba abajo. Era imposible, y muy injusto, que a un hombre le quedasen igual de bien las camisetas y jeans que los trajes.

—Siéntate, por favor.

Él obedeció y le mostró los papeles que llevaba en una carpeta. Después, en lo que Jennifer

simulaba leer, pese a que no lograba enterarse de nada, Cole aprovechó para estudiar con calma el despacho. Rápido dedujo que, para todo el tiempo que ella pasaba dentro de ese cuarto, era bastante impersonal. Todo estaba reluciente y ordenado hasta el exceso. Él solo había necesitado una semana para que en el cajón de su escritorio creciera algo que en pocas semanas saldría caminando por su propio pie. Había dos plantas bajo la ventana y un cuadro abstracto en colores muy vivos, pero que a Cole no le decía gran cosa. Solo pudo atisbar una foto en su mesa, una en la que la misma mujer que tenía enloquecido a su mejor amigo se reía abrazada a Jennifer con el mar de fondo. Estaba colocada en un marco hecho con conchas y decorado con purpurina; destacaba sobre todo lo demás.

—¿Qué estás mirando?

Jennifer no pudo evitarlo. Le molestaba que Cole justamente se quedara observando aquella fotografía que Claire le había regalado cuando consiguió el puesto de trabajo. El marco lo había hecho ella con sus propias manos y, aunque Jennifer asumía que parecía haber sido hecho por una niña de ocho años, le encantaba. Porque Claire era así y le gustaba mirar la imagen cuando se agobiaba; en ella, estaban en bikini y con un pareo en las caderas y se reían con la boca abierta. Se la habían sacado en unas vacaciones años atrás, cuando aún eran dos universitarias un tanto atolondradas y con ganas de comerse el mundo.

A Cole la actitud de Jennifer, en vez de frenarlo, lo activaba. Siempre había sido un tanto temerario, así que intentando comprender cómo una mujer podía tener dos caras tan diferentes, sus instintos se despertaban en cuanto se dirigía a él con tal soberbia.

—Bonita foto.

La respuesta de ella fue cogerla y guardarla en un cajón. Suspiró para armarse de paciencia y se concentró en el trabajo que había hecho Cole; necesitaba valorar si ya estaba preparado para seguir por su cuenta o aún era necesaria la supervisión de Rose o de ella misma.

Frunció el ceño al darse cuenta de que era bueno. Había aprendido a usar sus programas más rápido que la media y había resuelto todo lo que se le había ordenado con destreza. Ojalá hubiera podido decirle que era una basura, pero aquel informe podía haber llevado su firma perfectamente.

—Esto no está mal.

Él alzó las cejas.

—¿Tanto te sorprende?

Jennifer lo miró y tensó los labios para contener la bordería que estaba a punto de soltar.

—Me sorprende que tengas tantos talentos, sí.

—Así que talentos.

Jennifer parpadeó confundida y enseguida se dio cuenta de lo que podían significar sus palabras. Y sí, no había dudas de que Cole era diestro en la cama, pero ni por todo el oro del

mundo se lo confesaría y, evidentemente, no era eso lo que deseaba remarcar.

—Me refería a que se te daba de lujo servir copas, no te emociones.

La expresión de Cole se tiñó de decepción.

—¿Crees que por servir copas una persona no puede aspirar a más? ¿Eres de esas?

Jennifer alzó la vista y negó con efusividad. ¿En serio había dicho eso? ¿Cómo Cole había sido capaz de darle un giro así a la conversación?

—¡No! Por supuesto que no. —Entonces recordó algo y fue incapaz de controlar su veneno—. Pero sí soy de las personas que creen que las cosas hay que ganárselas, sirvas cosas o tu familia tenga un imperio empresarial.

Cole sonrió de medio lado y se cruzó de brazos. Estiró las piernas y Jennifer pensó que era enorme. Recordó al momento cuánto y tragó saliva.

—Oh, así que se trata de eso.

—¿A qué te refieres?

—Te molesta no solo que tu vida privada se haya colado en tu zona segura, sino que me hayan dado el puesto por ser el sobrino de Henry.

Jennifer se encogió de hombros. No entendía cómo había sucedido, pero la reunión se había convertido en algo que no comprendía demasiado bien.

—Lo has dicho tú. No yo.

Se retaron unos segundos con la mirada, hasta que ella no soportó más la tensión y la apartó. Cole vio aquello como una señal de que había ganado en ese extraño juego que mantenían.

Jennifer cogió los documentos y los cuadró golpeándolos contra la mesa.

—Muy bien. Puedes empezar a trabajar sin supervisión. Ya puedes marcharte.

Sin embargo, Cole no se movió. No podía dejar de mirarla, tan tensa, pura rabia, puro fuego, pero no era solo eso, sino que, además, tenía una necesidad insana de llevar a Jennifer al límite y ver por dónde ella salía.

A esas alturas, era obvio que le importaba poco el trabajo. Si lo echaban podría volver a ayudar a Thomas en cualquiera de sus negocios, eso sí, cobrando como cualquier otro empleado. No le preocupaba. Tenía la suerte de tener buenos amigos y una cierta estabilidad económica.

Jennifer tecleó en su ordenador, esperando a que Cole desapareciera de su vista y pudiera volver a respirar. No obstante, él no se movía. Observó la pantalla y vio que había escrito palabras sin sentido.

Cerró los ojos, suspiró y se enfrentó al que ya se estaba convirtiendo en su peor pesadilla.

—¿Qué diablos estás haciendo, Cole?

Él se relamió y habló en un tono igual de bajo que ella.

—Me encanta cuando susurras mi nombre.

Jennifer se encontró a sí misma cerrando las piernas por lo que esa simple frase provocaba en

ella. Tenía calor. Se notaba hasta mareada por la tensión acumulada y por el agotamiento. Apenas había dormido bien desde que Cole se había cruzado en su vida. Estaba exhausta y, de repente, le sudaban la frente y la espalda.

Se quitó las gafas y las limpió en un intento por dejar de ver borroso. Cole seguía ahí, observándola, con esa mirada intensa que parecía desnudarla, con su sonrisa lobuna, la misma que Jennifer sabía que podía provocar en ella tantas reacciones en la intimidad.

Se colocó las gafas y se dio cuenta de que no estaban sucias. Era ella, que apenas podía respirar ni ver con claridad. Las teclas del ordenador eran una masa deforme negra y la pantalla una mezcla de luces.

—¿No hace mucho calor aquí?

Fue a levantarse para abrir la ventana, pero en su intento trastabilló y un segundo después se encontraba en los brazos de Cole, rodeaba por su aroma varonil y sus músculos de acero.

—¿Te encuentras bien?

Ella parpadeó confundida. Ni siquiera sabía lo que le había sucedido. Luego aprovecho para observar a Cole tan cerca, para aspirar su perfume y recrearse en la suavidad de la camisa bajo sus dedos y en como se ajustaba a su propia piel.

—Jennifer, vamos, dime algo.

Entonces reparó en que su socarronería de siempre había sido sustituida por una expresión entre el pánico y la preocupación digna de enmarcar. Parecía otro hombre, uno que fruncía el ceño y al que le salían unas arrugas diminutas alrededor de los ojos que Jennifer quiso tocar. Alzó los dedos y los pasó por encima con lentitud.

Cole no sabía qué hacer. Estaba bromeando, como siempre, intentando sacarla de sus casillas y, un segundo después, ella casi se desplomaba contra el suelo. De no ser por la rápida reacción de Cole, Jennifer habría perdido el equilibrio.

Desde esa posición, ella sujeta por sus brazos y abrazada a su torso, pudo fijarse en su rostro y ver a una mujer diferente. No era la salvaje y apasionada de la primera noche. Tampoco la borde, eficaz y tirante jefa que se escondía en ese despacho frío e impersonal. Estaba frente a otra Jennifer, una débil, vulnerable, que parecía haberse quitado la coraza que la ocultaba y lo observaba con una dulzura que lo dejó fuera de juego.

¿Y si llamaba a Rose o a Mason? ¿Y si la apoyaba en su silla, se disculpaba con ella y la dejaba sola? ¿Y si llamaba a una ambulancia? ¿Y si la obligaba a marcharse a casa?

No sabía qué hacer, pero Cole en apenas unos días había averiguado que Jennifer vivía para aquel trabajo. Para su sorpresa, había ocupado el puesto de gran responsabilidad que Henry siempre había reservado para él y jamás se había arrepentido. Era la mejor empleada que había tenido nunca. No obstante, por lo poco que él la había conocido en la intimidad, creía que ese despacho no era más que una zona de confort de la que ella no quería salir porque allí todo estaba

siempre bajo control. Intuía que Jennifer era de esas personas que, si era buena en algo, daba todo lo posible de sí misma, aunque se abandonara en parte por el camino.

—Dime que estás bien, por favor te lo pido —rogó con la voz temblorosa.

Ella se rio y esa risa fue para Cole el mejor sonido que había escuchado jamás.

La incorporó, pero enseguida se dio cuenta de que Jennifer no había apartado los dedos de su mejilla. Él había pensado que tocarlo de ese modo solo había sido un modo de enfocar la vista y entender lo que la había sucedido; un mareo, una bajada de tensión o un amago de desmayo, no lo sabía con exactitud. Pero no. Jennifer, de pronto, parecía totalmente lúcida y no se apartaba de su cuerpo.

—Estoy bien. Estoy muy bien.

Aquella voz ronca le recordó demasiado a su noche loca y Cole la miró con una seriedad extraña en él. No entendía a esa mujer. Minutos antes parecía desear que desapareciera y ahora lo observaba como si quisiera comérselo. Cole no iba a poner objeción, eso estaba claro, pero cuando no comprendía algo se inquietaba por no saber a qué atenerse.

—¿Qué estás haciendo, Jennifer?

Ella bajó los dedos hasta pasarlos por encima de su barba. Se había afeitado, pero rascaba lo justo para que hiciera un leve sonido que a Jennifer le puso la piel de gallina.

«¿Qué estás haciendo, Jennifer?», la pregunta de él resonó en sus oídos, pero no se molestó en obtener una respuesta, porque ni ella lo sabía. Recordaba que minutos antes quería que se largase, pero de pronto había aparecido en sus brazos y se había olvidado de todo lo demás; del trabajo, de dónde se encontraban, de que, por alguna extraña razón, Jennifer se había mareado porque su cuerpo había gritado «basta».

¿Cuándo había sido la última vez que había comido en condiciones? Con sus padres, el domingo, sí, pero el resto de la semana solía comerse una ensalada y un zumo de malas maneras entre informes y cuentas. ¿Cuándo había dormido más de cuatro horas de sueño reparador? Posiblemente, en las vacaciones de Navidad. ¿Hacía cuánto que no se daba una tregua a sí misma y dejaba por unas horas el cerebro en blanco? Esa respuesta sí la sabía con exactitud, porque había sido con Cole.

En aquel instante, Jennifer comprendió que, aunque no debía hacer lo que estaba a punto de hacer, quizá la vida lo había puesto en su camino para ayudarla. Tal vez ese hombre de ojos azules y manos grandes era lo que necesitaba para recargar pilas de vez en cuando. Su paréntesis de la realidad.

Acercó el rostro al del Cole, que la observaba desconcertado, y sus narices se rozaron. Jennifer soltó el aire contenido y golpeó contra la boca de él.

Cole estaba teniendo un gran autocontrol, cuando se lo contara a Thomas iba a sentirse orgulloso de él. En otras circunstancias, ya habría tirado todo de la mesa y la habría tumbado

sobre ella para hacerla suya, pero se trataba de Jennifer, parecía estar en un trance extraño que solo ella comprendía, acababa de casi desmayarse y, además, era su jefa. Por otra parte, oía la risa de Rose al otro lado de la pared y solo eran las diez de la mañana de un martes. No es que la hora importara en el mundo de Cole para practicar sexo, pero sí que hacía que toda la situación fuera un tanto delicada. Así que hizo un esfuerzo sobrehumano cuando sintió el aliento de Jennifer sobre su boca y susurró, intentando mostrarse convencido de lo que estaba diciendo:

—Solo voy a decirte esto una vez, jefa. Estoy a punto de hacer todo eso que tu cuerpo y tus ojos me están pidiendo a gritos. Primero voy a acercarme a la puerta y correr el pestillo. Luego volveré a por ti y te sentaré sobre esta mesa, así que si hay algo importante que no quieres que hagamos pedazos, es el momento de apartarlo. —Los dedos de ella temblaron cuando miró de reojo sus documentos y los dejó caer al suelo de un manotazo; ya habría tiempo de recogerlos—. Después voy a hacerte el amor. Muy rápido y muy fuerte, porque es lo que ambos necesitamos en este instante. Y porque, es una lástima, pero no podemos ausentarnos demasiado. Así que, si estoy malinterpretando tus señales y en realidad aún deseas que me marche, dímelo ahora. —Jennifer tragó saliva, pero no abrió la boca—. No obstante, si quieres que cumpla todas mis promesas, bésame para que me calle. La decisión es tuya, jefa.

Ella mandaba. Ella decidía.

Jennifer lo observó una última vez, antes de decirse que Cole era eso que tanto había estado buscando para sentirse aún la joven de antes, aunque solo fuera durante el poco tiempo que desataran sus instintos. Luego lo besó con tantas ganas que gimieron ambos en la boca del otro y llegaron hasta la puerta para bloquearla siendo solo un nudo de brazos y piernas.

Cuando Cole salió de su despacho, quince minutos más tarde, Jennifer pensó que esa mesa había sido creada para mucho más que para tratar temas de finanzas.

El paréntesis

Todas las personas necesitan una distracción.

Claire, por ejemplo, era una adicta a las telenovelas y a las películas de sobremesa. Su madre bordaba toallas que llenaban la casa de Jennifer. Su padre salía a andar por el vecindario y coleccionaba maquetas de barcos. ¿Y ella? Ella no recordaba haber tenido ninguna afición especial que la ayudase a desconectar cuando la vida la asfixiaba. A veces, leía, pero tampoco era una lectora insaciable, solo de vez en cuando se dejaba llevar por el marketing de los libros más vendidos y esas elecciones solían acabar en decepción.

Así que, mientras Cole se abrochaba el pantalón, le daba un beso rápido en la boca que le sabía a poco y salía de su despacho como si no hubiera pasado nada, se dijo que por fin había encontrado la suya.

Cole Chapman era el paréntesis de realidad que Jennifer tanto necesitaba sin saberlo.

Era la tercera vez que se acostaban en la oficina en una semana. Ninguna de las tres ocasiones había sido premeditada; de hecho, en cada una de ellas Jennifer se había dicho que sería la última, pero siempre una vez transcurrida la pasión, cuando se colocaban la ropa, fingían que aquella situación era la más normal del mundo.

Por una parte, lo parecía; encajaban tan bien que a Jennifer le daba la sensación de que llevaban años haciéndolo. No obstante, cuando todo terminaba, ella notaba la necesidad de que él se marchara cuanto antes. Entre otras cosas, porque en su interior el deseo de que se quedara y charlaran era fuerte y prefería obviarlo.

—Que pases buena mañana, jefa.

Cole le guiñaba un ojo, ella ponía los suyos en blanco y cerraba la puerta con una sonrisa. Pese a su actitud, en el fondo Jennifer debía aceptar que esa manera de dirigirse a ella había comenzado a hacerle cosquillas.

«Jefa».

Porque Cole no lo hacía con guasa, como había pensado al principio, sino porque le gustaba lo mismo que a ella. Los excitaba, eso era todo. Su situación cumplía una fantasía demasiado común, pero no por ello menos estimulante.

Jennifer nunca se había preocupado de su aspecto para ir a trabajar. Simplemente, se vestía de la forma que consideraba más correcta posible. Sin embargo, desde el primer encuentro con Cole, se había encontrado a sí misma eligiendo el traje de chaqueta que mejor le sentaba; escogiendo casi siempre faldas, que eran mucho menos complicadas que los pantalones para un asalto inesperado; comprando ropa interior de la que haría enloquecer a cualquiera; encaje, fruncidos, ligeros que cuando se miraba al espejo la hacían sentirse poderosa y pensar en qué diría Cole al

descubrirlos.

Cole jamás pensó que iría tan contento al trabajo. Seguía resultándole soporífero y no se veía ni por asomo cubriendo ese puesto de forma estable, pero la posibilidad de ver a Jennifer, besarla y enterrarse en ella era una motivación que podría poner en pie a un país entero.

Se levantaba por las mañanas lleno de energía y, pese a que no era muy amigo de los madrugones, entraba en la oficina con una gran sonrisa. La compañía de Rose y de Mason, con los que compartía una zona común en la que cada uno tenía un escritorio en el que trabajar, era grata y se habían convertido rápido en colegas para él; incluso habían tomado algo al salir algunas tardes de allí.

Jennifer nunca los acompañaba. Mason le confesó que, pese a que le tenían gran afecto, ella siempre había guardado ciertas distancias, y ya no por falta de confianza, sino porque la jefa era así, toda su vida giraba en torno a la empresa.

Una parte de Cole no los creía. Veía en Jennifer mucho más. Cada vez que ella se soltaba entre sus brazos y sonreía, creía que esa mujer no era la misma de eficacia incuestionable y sin otras inquietudes que hacer futuro en el sector de la contabilidad. No quería creérselo. Con él, Jennifer era apasionada, dulce y en sus ojos veía sueños por cumplir lejos de aquel despacho.

¿Estaría enloqueciendo? ¿Intuiría más en ella de lo que realmente había cegado por el deseo?

Cole no tenía ni idea, pero se moría por continuar averiguándolo.

Eran las doce. Había mirado el reloj diez veces en la última hora y él aún no había aparecido. No es que tuvieran una cita ni nada por el estilo, pero la tarde anterior Jennifer le había ordenado preparar unos documentos para que se los mostrara al día siguiente. No los necesitaba para nada y se sentía fatal por dar órdenes solo pensando en su beneficio personal, pero después de tres días sin verlo a solas se notaba inquieta, agobiada y necesitaba su dosis de Cole Chapman.

Se mordió una uña y revisó de nuevo su atuendo. Había escogido un conjunto de chaqueta y falda color gris marengo y una sencilla camisa lila. Nada fuera de lo normal. Sin embargo, quizá sí se había excedido con lo que llevaba debajo. Lo pensaba cada vez que el corpiño se le clavaba en la cintura.

Intentó hacer sus tareas, pero volvía a sentirse cansada y desconcentrada. Últimamente, le ocurría a menudo, y Jennifer ya no sabía discernir si se debía a la aparición en su vida de la adicción que era Cole o a que comenzaba a pesarle de verdad el ritmo frenético que suponía su puesto laboral.

Fuese como fuese, él iba a ayudarla de nuevo a desestresarse, soltar un poco las riendas y olvidarse por unos minutos de aquellas reflexiones.

Al otro lado de aquella puerta, Cole intentaba disimular las ganas contenidas desde que Jennifer le había solicitado reunir unos documentos de una antigua cuenta con la que ya no trabajaban. No había podido estallar en carcajadas, cuya razón tuvo que inventarse para explicarle a Mason qué le hacía tanta gracia, cuando descubrió que Jennifer había buscado una excusa cualquiera para verlo de nuevo.

Él estaba ansioso de ella pero ella no se quedaba atrás.

A las doce en punto, movió su silla hacia atrás con tanto ímpetu que Rose se asomó por el lateral de su mesa y lo observó preocupada.

—¿Estás bien, Cole?

—Sí, voy a entregarle esto a Jennifer.

Rose sonrió.

—Para ti, señorita Stone, no te olvides.

Él sacudió la cabeza con diversión; sus compañeros no dejaban de hacerle bromas al respecto con ese asunto, y no era para menos. Lo que a Cole le pasó desapercibido fue el gesto cómplice que compartieron Rose y Mason al verlo marchar en dirección del despacho de Jennifer. Como si ellos ya intuyesen lo que estaban creciendo entre la jefa y el nuevo.

Cuando llamó con los nudillos más fuerte de lo que pretendía, Jennifer dio un brinco sobre su asiento al otro lado. Entró y carraspeó antes de cerrar y poner el pestillo sin hacer ruido. Una vez los dos encerrados, se observaron desde lejos.

Jennifer sentía su corazón en la garganta. Cada vez que lo veía con los ojos llenos de todo eso que iba a hacerle, sentía que su cuerpo se volvía un tanto loco. Cole la observó y sintió un tirón en su entrepierna al verla morderse el labio con lascivia por estudiarlo a él.

Era una locura. Tenían una conexión tan bestial que preferían no pensar en las implicaciones que podría tener en su vida.

—Señorita Stone.

La voz fue tan grave que Jennifer encogió los dedos de los pies.

Después sonrió aún avergonzada por esa orden tonta.

—No me llames así.

—Creí que eso no era negociable.

—Aquí... no me llames así cuando estemos aquí.

Él sonrió y se acercó a ella. Rodeó su mesa y giró la silla con ruedas hasta que Jennifer quedó atrapada entre sus brazos apoyados en el apoyabrazos. Se sentía pequeña de ese modo, casi diminuta, y eso le encantaba.

—De acuerdo, jefa. ¿Prefieres que te llame así?

A ella se le secó la garganta y asintió. Después observó que Cole se arrodillaba y levantaba su falda con deliberada lentitud hasta que sus ligeros quedaron al aire.

Un tanga morado de encaje se atisbaba entre sus piernas. ¿Con qué lo sorprendería esa mañana? Era una de las cosas que le fascinaban a Cole de Jennifer, que cada día parecía preparada para hacerlo enloquecer con una ropa interior de lo más sugerente.

Cuando él pasó dos dedos por el vértice de sus piernas, ella gimió, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Luego empujó la de él para que se acercara a ese punto y lo hiciera suyo. Cole sonrió con picardía y se resistió. Quería que Jennifer se lo pidiera. También había descubierto que les gustaba hablar en el sexo.

—¿Me estás pidiendo algo, Jennifer?

Ella abrió los ojos y se incorporó para mirarlo decidida. Tiró de la goma de su coleta tirante y la melena le cayó por los hombros. Después susurró con esa voz ronca que excitaba a Cole como pocos sonidos lo hacían.

—No, te lo está ordenando tu jefa.

Él no pudo más que obedecer hasta que tuvo que tapar la boca de Jennifer para que sus jadeos no se escucharan hasta en la primera planta.

Cuando ella terminó, le devolvió a Cole el mismo placer apoyados contra la pared.

Unos minutos más tarde, un poco sudorosos pero aliviados como nunca, se encontraban los dos sentados en el suelo con las espaldas contra el archivador metálico. Jennifer agradecía el frío que le transmitía el mueble.

—Tienes que irte.

—Lo sé.

Llevaba más de veinte minutos allí dentro y no era habitual que las reuniones con Jennifer se demoraran tanto a no ser de que se tratara de algo importante, y Cole prefería evitar que sus compañeros lo interrogaran. Sin embargo, no quería irse. Le apetecía charlar un rato con ella, compartir una copa de vino y alargar el momento.

Se tensó un poco por aquel pensamiento que no solía nacer en él después del sexo. Por muy mal que supiera que estaba, él era de los que siempre tenían una necesidad de huir tras el orgasmo. Pero con Jennifer había sido distinto desde el comienzo.

Ella suspiró.

—¿Qué te pasa?

Cerró los ojos y se mordió una uña. Parecía nerviosa.

—Me muero por un cigarro.

Cole se rio. Sabía que ella fumaba, la había visto en el club salir con su amiga Claire en un par de ocasiones, pero jamás la había visto ausentarse durante la jornada laboral ni tampoco apreciado el olor de ese vicioapestoso en ella.

—¿Por qué no te escapas?

—¿Qué? ¡No! Aquí nadie sabe que fumo. Además, no me parece bien escaquearme para eso.

—¿Y para esto sí?

Cole chocó su hombro con el suyo y Jennifer se dio cuenta de que él tenía razón.

En toda su carrera nunca había mantenido una conversación telefónica personal en su horario laboral; no había aprovechado para revisar su correo electrónico o sus redes sociales; nadie la había visitado en la oficina. Era una empleada excelente; tanto que rozaba la perfección de un modo que para los demás debía resultar absurdo.

Allí, al lado de Cole, fue consciente de que saltarse las reglas no estaba tan mal. La empresa seguía en pie, su reputación también y había sido capaz de ser igualmente productiva cada vez que él la había visitado. Puede que más, porque el estrés se evaporaba y ella se sentía nuevamente motivada.

—¿Qué me propones? ¿Que me lo fume aquí? Saltaría la alarma de incendios.

La sonrisa de él fue deslumbrante.

—¿Lo dices en serio? ¿La perfecta Jennifer Stone va a hacer una travesura?

Ella frunció el ceño, aunque por dentro estaba sonriendo.

—Solo quiero un cigarro. Dietic Life no se va a ir a pique porque yo haya echado un polvo y me fume un cigarrillo.

Cole se rio, se levantó de un salto y le ofreció a ella su mano para ayudarla a subir.

—En cinco minutos, finge que vas al lavabo y espérame en el descansillo entre el tercero y el cuarto.

Y, sin más, Cole le guiñó un ojo y se marchó.

Exactamente siete minutos después, abrían la puerta que daba a la azotea del edificio. Jennifer no podía creerse que ella no supiera de la existencia de ese sitio y que Cole, que llevaba poco más de dos semanas trabajando allí, ya lo hubiera descubierto.

La brisa cálida de finales de junio revolvió el pelo de Jennifer, que no se había vuelto a recoger después del encuentro con Cole. Se sentía un poco rara en las oficinas sin su cola de caballo, pero asumió que era otra manera de soltarse un poco. Al fin y al cabo, siempre notaba tensión en la cabeza al llegar a casa por la noche y deshacerse de la goma.

Sacó la cajetilla escondida en su escote y él se mordió el labio juguetón.

—¿Fumas?

—No, pero podría empezar a hacerlo, si los cigarros salen de ahí.

Señaló el comienzo del corsé que se veía por el botón de su camisa desabrochado y ambos se rieron. Había sido todo un acierto para Jennifer, ya que en cuanto Cole lo había visto se había convertido en un animal.

—No lo hagas. Te dejo mirar igual —bromeó ella.

Desde el tejado, la ciudad se veía diferente. Jennifer pensó que era la primera vez que se percataba de que su oficina solo era una más de un montón de oficinas que no tenían importancia para el mundo de otros. ¿En qué momento el suyo había comenzado a girar únicamente alrededor de ese edificio?

Le dio una calada larga y miró a Cole, que observaba el horizonte con una sonrisa enorme.

—¿Qué buscas en la vida, Cole?

Él se giró y no ocultó que su pregunta lo asombraba.

—¿A qué te refieres?

—Siempre estás contento. Siempre parece que lo tengas todo bajo control. Siempre da la sensación de que lo que a mí me preocupa a ti no te importa apenas. ¿Cómo lo haces?

Él se encogió de hombros. Era la primera vez que ella se interesaba de verdad por él, más allá de su cuerpo, como persona, y la sensación le agradó. Sentía algo diferente por aquella mujer y, si él respondía, tendría una posibilidad de devolverle la pregunta a su vez y conocerla mejor.

Sin embargo, quería hacerlo bien, así que meditó sus palabras.

—Todo es cuestión de perspectiva, Jennifer.

—¿Vas a decirme eso de ver el vaso medio lleno o medio vacío?

—No, pero sí que hay cosas que no se pueden cambiar, así que es mejor aceptarlas e intentar ser feliz incluso así.

La mirada de Jennifer se ensombreció. ¿Significaba eso que el jovial y despreocupado Cole escondía mucho más?

—Yo soy feliz —dijo ella, pero mientras las palabras salían la duda se plantó en su interior.

—Me alegro. Yo también. Más aún después de lo que hemos hecho hace un rato. —Jennifer le dio un codazo y apagó su cigarro—. Aunque lo sería mucho más si quisieras salir conmigo un día. Nada raro, una cena, una copa, una noche loca en una cama decente y no en el trozo de hielo que tienes por escritorio.

Se rio y sacudió la cabeza por sus tonterías. No obstante, pensó que Cole estaba en lo cierto. Sus mejores momentos de las últimas semanas habían sido con él.

Abrió los ojos sorprendida, y un tanto alucinada, por aquella revelación y luego se giró.

¿Por qué no se le había ocurrido antes? ¿Por qué no había pensado en la posibilidad de que aquello no podía estar mal si lo hacían fuera de la oficina?

Parpadeó y no se lo pensó mucho más.

—Acepto.

—¿En serio?

—¿Por qué siempre dudas de lo que te digo?

Cole sonrió, la cogió por las mejillas en un arrebato y la besó. Luego se sacó un chicle del bolsillo de la americana y se lo tendió a Jennifer, mientras ella ponía los ojos en blanco.

—El sábado a las ocho. ¿En el California Beach? Para recordar viejos tiempos.

Alzó las cejas con picardía y Jennifer sonrió.

Luego él se marchó y ella continuó un par de minutos más allí arriba, dándole vueltas a algo que no hubiera creído que sucedería.

«Tengo una cita con Cole Chapman».

La cita

Bajó del taxi con una sensación nueva en el estómago. Hacía tanto tiempo que no tenía una cita que Jennifer se sentía como una adolescente. No era que estuviera nerviosa, sino que se encontraba emocionada como si hubiera ganado un descapotable y fueran a entregárselo. Cole no era un descapotable, pero cuando lo vio en la entrada del California Beach esperándola pensó que la comparación era bastante acertada.

Madre mía, ¡estaba impresionante! Vestía unos jeans y una sencilla camiseta negra. A Jennifer le gustó que no tratara de impresionarla con ropa elegante, sino que se mostrara como era él mismo, igual que ella había escogido un vestido amarillo de tirantes y unas sandalias de tacón de color fucsia.

Vistos desde fuera, no parecían pegar demasiado, pero en cuanto los veías cerca las chispas saltaban.

—Cole. Siento el retraso.

Él negó con la cabeza y le ofreció su mano para entrar al local. Ella la acogió entre la suya con emoción. Sin embargo, en vez de caminar, Cole frenó y la miró confundido.

—Espera, tengo una duda, ¿cómo tengo que llamarte esta noche? Señorita Stone... jefa... Jenn...

Ella se rio con ganas.

—Jenn está bien. —Después se acercó a su oreja y le susurró con picardía—: Lo de «jefa» resérvatelo para luego.

Él rugió y la empujó por el trasero para entrar en el club.

Aquella noche, a Jenn el California Beach le pareció diferente. Aún la luz del atardecer se colaba por las puertas acristaladas que se abrían y daban al acceso a la playa. Una parte de ella se sentía una traidora por haber aceptado una cita allí después de lo que Claire odiaba el local, pero sabía que su amiga estaba cegada por el odio hacia Thomas Carter, su dueño, y que, en realidad, aquel lugar era estupendo.

Se sentaron en una mesa baja en la zona exterior. Pequeñas palmeras los rodeaban y olía a las frutas tropicales colocadas en fruteros que adornaban las barras. Jennifer se colocó en uno de los sofás y sonrió complacida cuando Cole lo hizo a su lado y no en el asiento de enfrente. De ese modo, sus piernas se rozaban.

—¿Qué te apetece tomar?

Ella dudó y observó la carta de cócteles, en la que el ganador del concurso protagonizaba la primera página.

—Mmm.

—Dime que no quieres uno de esos azules.

Ella rio al recordar el *Néctar de Pitufo Amoroso*.

Cerró la carta y cruzó las piernas antes de pedirle al camarero lo que realmente le apetecía.

—Bourbon.

Sintió la sorpresa de Cole sin mirarlo.

—Otro para mí.

El camarero se marchó y entonces Jennifer se giró con coquetería.

—¿Qué?

—Vaya. Poca gente me sorprende como tú, Jenn. Así que la jefa bebe bourbon.

—También me gusta el champán, pero prefiero beberlo en otros... ambientes.

Ambos sonrieron.

Cuando Cole había soltado lo de la cita jamás creyó que ella aceptaría. Solo se trataba de otra de sus bromas, pero ella lo había sorprendido aceptando. También lo hacía en esos momentos, mostrándose entregada y feliz desde el instante en el que la había visto bajar del taxi con otro vestido hecho para volverlo loco y sus interminables piernas. Esa Jennifer podría hacer con él lo que quisiera y, pese a lo que siempre había pensado que haría en caso de cruzarse con una mujer así, solo deseaba quedarse a su lado.

Jennifer se encontraba mejor que nunca. La mano de Cole se paseaba por su pierna desnuda de forma lenta y su conversación era igual de agradable que sus otros talentos. Era un hombre interesante, inteligente y divertido. Un hombre con el que no le importaría compartir más citas como estaba resultando esa.

Mientras se arreglaba esa tarde en su casa, había estado pensando en cuándo había salido por última vez con un hombre, y se remontaba a sus tiempos con Matt, aunque con él jamás había vivido nada demasiado interesante fuera de su cama. Siempre estaba deseando que la velada acabara para poder acostarse de una maldita vez y marcharse después a su casa.

No obstante, con Cole era distinto. Jennifer disfrutaba igual de sus caricias que de sus palabras. Y aquello era algo nuevo.

Hablaron de su juventud, de quienes habían sido antes de asentarse y acabar en la misma oficina, de cosas tan sencillas como sus aficiones o dónde habían pasado las vacaciones de su infancia.

Jennifer descubrió que Cole había vivido en una docena de países, pese a que solo acababa de cumplir los treinta, que había practicado escalada, submarinismo y puéting, así como que era hijo único y adoraba a sus padres. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, le confesó a Jennifer que había vuelto a su hogar porque su madre estaba enferma y que era cuestión de tiempo que empeorase. Ella se vio abrazándolo y sintiendo su pena en su corazón; tuvo que esforzarse por evitar que sus lágrimas salieran sin control. De alguna manera, veía a Cole de una forma distinta a

días antes; en la azotea aún creía que toda su vida era maravillosa, la disfrutaba como quería, era atractivo, se notaba que no tenía complicaciones económicas y le habían regalado un puesto de trabajo que a otros les costaría años alcanzar. Sin embargo, descubría que, como para los demás, no todo era de color de rosa. Jennifer no podía ni imaginarse lo que sería que uno de sus padres enfermara y no pudieran hacer nada para ayudarlo.

Cole averiguó algunas cosas de Jennifer que le hicieron mirarla con nuevos ojos. No siempre había sido la jefa responsable que mostraba en la empresa, sino que durante sus años universitarios había sabido divertirse, quizá incluso más que él. Le habría encantado cruzarse con ella en esa época, aunque intuía que la Jennifer madura era mucho más interesante por la suma de la experiencia. Ella le habló de algunos hombres que había sido importantes en su vida, pero acabó por confesarle que solo lo habían sido de cara para afuera, pero que en su interior ninguno la había marcado.

Charlaron tanto tiempo que, cuando Cole quiso darse cuenta, se les había pasado la cita en el restaurante, lo que los dos vieron como una señal de que no era el día de cenar a la luz de las velas y decidieron pedir una pizza y dirigirse al piso de Cole.

—¿De verdad que no te importa? —preguntó él por segunda vez.

Jennifer sonrió y le agarró la mano mientras paseaban.

—¿Por qué iba a importarme? Además, adoro la pizza y acabo de darme cuenta de que hace siglos que no me como una.

—¿De verdad? Dime que no eres una de esas personas obsesionadas con lo que comen.

Negó con la cabeza; la avergonzaba tanto lo que iba a decir que Jennifer casi prefería haber sido una loca de las dietas y el vientre firme.

—Nunca pienso en lo que como. Quiero decir, soy práctica. A diario me conformo con una ensalada o un bocadillo, y cuando llego a casa estoy tan cansada que siempre acabo calentando unos fideos chinos en el microondas.

Entonces fue Cole el que negó con efusividad. No se podía creer lo que le estaba diciendo. Comer era un placer y le parecía surrealista que Jennifer se privara también de eso.

—Pues hoy no vas a levantarte del sofá hasta que te comas una entera.

Sorprendentemente, ella sonrió.

El piso de Cole se encontraba en el barrio de Westwood. Era un pequeño apartamento con dos habitaciones y mucha luz. A Jennifer le sorprendió la estética moderna y lo ordenado que estaba, y no por prejuicios estúpidos, sino porque el escritorio de Cole siempre parecía haber sido asaltado por una banda de ladrones.

Era bonito y le agradó el ambiente que creó Cole en cuanto entraron, bajando las luces y descorchando una botella de vino. Se quitó los tacones y se sentó en el sofá color crudo. Él le ofreció una copa y brindaron en silencio. Luego sonrieron.

—Deberíamos pedir la pizza.

—Sí.

Jennifer suspiró, pero todo su ser gritaba que no, que lo que le apetecía en ese instante era otra cosa. Apoyó la cabeza en el respaldo y enseguida Cole estaba a su lado, tirando de sus pies y masajeándolos de un modo delicioso.

—¿De qué te gusta? —Ella gimió cuando apretó su empeine y la otra mano se coló por debajo de su vestido—. La pizza, digo.

—Pepperoni, bacon, piña y olivas negras.

Cole se rio y su mano tocó encaje antes de la piel suave de Jennifer. Ella gimió con los ojos cerrados y los dientes mordiendo el labio.

—¿Algo más?

—¿Tienen alitas de pollo?

—Aja.

Los dedos de Cole se colaron en ella y Jennifer soltó un grito y se tumbó del todo.

Aquello era demasiado. Pensó que jamás se cansaría de eso, de las manos de Cole por todo su cuerpo, de sus salidas de tono, su sonrisa y su conversación.

¿Por qué narices estaba pensando en su conversación?

Aquello solo era sexo, su paréntesis de la realidad, no debía olvidarlo.

Cole estaba tan excitado que le dolía, pero le gustaba mucho más verla a ella disfrutar que hacerlo él. La expresión de su cara era única cuando él la tocaba, se dejaba llevar de un modo que lo hipnotizaba. Era preciosa, nunca había conocido a una mujer igual y, aunque aún había mucho de Jennifer que no sabía, sentía que una parte de él ya la quería.

¿Era eso posible?

Jennifer alzó el rostro al sentir que los movimientos de Cole habían parado al darse cuenta de lo que sentía por ella en tan poco tiempo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Pero le costaba hacer dos cosas a la vez y sus pensamientos estaban un tanto desordenados. Jennifer, al ver sus dudas, se incorporó y se levantó el vestido para sentarse a horcajadas encima de Cole, que la aceptó de buen grado y la permitió que le hiciese olvidar bajo el roce de sus dedos y el sabor de sus besos.

Dos horas después, comían pizza medio desnudos en el sofá de Cole mientras de fondo veían un antiguo episodio de *Urgencias*. Ambos se habían declarado fans de la serie y estuvieron de acuerdo en dejar una vieja reposición.

Jennifer comía como si no lo hubiera hecho en años. La pizza estaba deliciosa y ni siquiera pensaba en las gotas de grasa que se deslizaban por sus dedos. Cole le había prestado una sudadera que la cubría hasta los muslos y la observaba divertido. Él seguía sentado solo con la ropa interior.

En un momento dado, Jennifer dio un bocado llevándose entre los dientes la mitad del queso, que acabó pegado a su barbilla. Se rio y Cole se lo quitó con los dedos y se lo comió. Él se dio cuenta de la intimidad repentina que había crecido entre ellos. No dejaba de pensar en que, pese al poco tiempo, estaban tan cómodos el uno con el otro que sería fácil acostumbrarse a esa complicidad.

Jennifer se rio cuando Cole le quitó el trozo de queso y sintió una sensación tan caliente en el estómago cuando él le devolvió el gesto que se mareó.

¿Qué estaban haciendo? No sabía cómo, pero una cita que ella pensó que se resumiría en cena, copa, sexo, como habían sido la mayoría de las citas de su vida, había acabado siendo una pizza compartida con los dedos, medio desnudos y en el sofá de casa de Cole. Ni siquiera su pelo seguía reluciente y bien peinado, sino que Jennifer se había hecho un moño con una goma que había encontrado en el bolso y sabía que Cole se había comido prácticamente el carmín de sus labios. Y no le importaba.

«Parecemos una pareja», se dijo.

Pese a que aquello daba un poco de miedo, Jennifer decidió disfrutar de esa sensación. Ya pensaría en ponerle freno al día siguiente.

Terminaron de comer y acabaron abrazados en el sofá viendo la televisión. De vez en cuando hacían algún comentario sobre lo joven que estaba George Clooney o sobre cualquier detalle que les hiciera gracia.

Sin embargo, con el tiempo dejaron de hablar y compartieron un silencio cómodo en el que ambos acabaron dando cabezadas. Jennifer se durmió antes de llegar al final del capítulo y, cuando abrió los ojos, se encontró con que estaba tumbada sobre el regazo de Cole, que dormía también con la boca entreabierta.

Se fijó bien en él y se recreó una vez más en lo atractivo que era; pero no solo era eso, Jennifer lo había conocido mejor y se dijo que su interior resultaba aún más fascinante que como era por fuera.

Acarició su mejilla y él sonrió entre sueños.

Jennifer se dijo que, quizá, era el momento de marcharse. En otras circunstancias o en otro

momento de su vida lo habría hecho sin el menor remordimiento. Habría cogido sus cosas, se habría vestido en el pasillo a oscuras y se habría puesto los zapatos en el ascensor. Pese a ello, supo que esa ocasión era diferente porque ansiaba quedarse.

Se abrazó más al torso de Cole y cerró los ojos. En apenas segundos caía de nuevo en un confortable sueño.

El amanecer los encontró abrazados y con la baba de Jennifer mojando el estómago de Cole.

—Oh, perdona —dijo en cuanto logró enfocar la vista y se encontró no solo con la sonrisa de él, sino con un cerco de saliva reseco en sus abdominales marcados.

—No pasa nada, aunque si quieres seguir hacia abajo...

Jennifer le dio con el puño en el pecho y se estiró.

Pese a la postura, había dormido muy bien. Miró el reloj colgado en la pared del salón y, para su asombro, descubrió que habían dormido siete horas del tirón. Se levantó y estiró los brazos para desentumecer el cuerpo. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que Cole miraba boquiabierto su trasero embutido en unas braguitas negras que le habían encantado.

—¿Quieres dejar de mirarme y darme de desayunar?

Él se rio y se levantó para dirigirse a la cocina.

—A sus órdenes, jefa.

Desayunaron en la barra de la cocina. Café y tostadas con mermeladas de distintos sabores. Jennifer se rio al comprobar que Cole era más goloso que un niño y que tenía la nevera llena de confituras. Después se dieron una ducha conjunta que acabó en besos húmedos y en recorrer sus cuerpos de nuevo como si no se hubieran saciado unas horas antes.

Cuando se despidieron en la puerta con un beso, ambos sonrieron y pensaron que no tenían muy claro qué vendría a continuación, pero que, sin duda alguna, aquella había sido la mejor cita de toda su vida.

Los sentimientos

Claire apareció en la casa de Jennifer al día siguiente por la tarde, después de que ella comiese, como hacía cada domingo, con sus padres. Lo hizo con comida japonesa del restaurante favorito de Jennifer y con una cara de odio imposible de ocultar.

Dejó caer las compras sobre la mesa con estrepito.

—Eres una traidora.

Jennifer abrió la bolsa y aspiró el aroma de los deliciosos platos. Luego suspiró y se armó de paciencia para enfrentarse a la, de vez en cuando, irracional Claire Dillon.

—Claire, solo es un bar.

Sabía que ese momento iba a llegar desde que puso un pie en el California Beach.

—Eres una traidora que, para colmo, intenta justificarse y que yo parezca una lunática. Al menos, pídemme perdón.

Jennifer alzó una ceja en su dirección, porque claramente lo parecía y ambas lo sabían. Claire se dejó caer a su lado en el sofá y puso una expresión inocente, como una niña enrabiada por no salirse con la suya.

—Vale, perdóname por ir a la casa del demonio en la Tierra.

Claire sonrió al escuchar ese apelativo para referirse a Thomas Carter, el dueño del California Beach.

—Bien. Ahora, cuéntame. Dime que mereció la pena traicionar a tu mejor amiga desde la escuela por una cita con Cole. Dime que sí. Hazme feliz.

Jennifer se rio. Luego recordó la cita y suspiró como una colegiala. Sonrió, se tapó la cara con las manos un poco avergonzada y se sinceró.

—Fue... fue increíble, Claire. No tengo palabras.

La miró de reojo y se encontró con el asombro en los ojos de su amiga.

—Dios... tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de que no solo te gustó acostarte con él, sino que piensas en volver a escuchar su risa en tu oído y todas esas tonterías que dicen los enamorados.

Jennifer puso los ojos en blanco, aunque después asumió que, quizá, Claire no iba mal encaminada y la conocía mejor de lo que se conocía a sí misma, porque lo cierto era que algo había cambiado desde que Cole se había cruzado en su vida.

—¿Y qué, si es así? Cole es un hombre interesante. Igual he encontrado a alguien por quien merezca la pena relajarme un poco.

Claire la observaba con la boca abierta.

—¿Cuánto bebiste ayer?

Le puso la mano en la frente para comprobar que no tuviera calor y esa respuesta se debiera a su estado febril, pero Jennifer se la apartó de un manotazo. Por una vez, quería hablar en serio.

—No estoy bromeando, Claire. Cole es... —Intentó describirlo, encontrar las palabras para definir cómo era aquel hombre y cómo la hacía sentir, pero no halló más que un montón de mariposas revoloteando en su estómago y sonrió—. Es igual. De todos modos, lo nuestro no es más que una distracción. Ya se verá lo que pasa más adelante. No quiero forzar las cosas. Así nos va bien.

Jennifer se dio cuenta de que esa explicación, en realidad, no era para Claire, sino para sí misma. Estaba segura de que entre ellos había crecido algo, pero no era una persona demasiado fantasiosa ni idealista, y prefería dejar que las cosas fluyeran de forma natural. Si tenía que ser, sería. Eso pensaba Jennifer, mientras por dentro deseaba que ojalá fuese, porque hacía una eternidad que no se sentía tan bien. Siendo honesta, jamás se había encontrado tan a gusto y deseada por un hombre.

Notó que Claire se recolocaba en el sofá. Estaba intentando disimular su inquietud antes de lanzar una pregunta que Jennifer intuía que llegaría antes o después:

—Y, bueno, ¿cómo te fue en el California Beach? ¿Viste al demonio con traje?

Jennifer pensó en Thomas, aquel hombre al que aún no ponía cara, porque Cole le había contado que estuvo con él el día del concurso de cócteles, pero Jennifer no tenía ojos más que para Cole y no se había fijado en él. Tenía ganas de ver quién había sido capaz de provocar de tal modo a Claire.

—No tuve la suerte. Cole me ha contado que es su mejor amigo. Parece un buen tipo.

—¡Jenn! —exclamó ella horrorizada por pensar algo como aquello.

—¿Qué? Me contó un poco de él y debo decirte que...

Claire le tapó la boca con brusquedad y negó con la cabeza.

—No, por favor te lo pido, no quiero saber nada de él. Nada bueno, al menos.

Cuando la soltó, Jennifer se encogió de hombros.

—Está bien, pues te contaré algo malo. —Claire pareció emocionada, aunque no se esperaba lo que iba a decirle—. Si te sirve de algo, él también te odia.

Se echó hacia atrás como si su amiga le hubiera dado un puñetazo. Estaba totalmente horrorizada.

—¿A mí? —Se señaló de forma exagerada—. ¡No puedo creerlo!

—Claire, tu artículo...

Entonces su expresión fue pura maldad recordando lo que había escrito en su espacio y la razón de que Thomas la odiase. Asintió satisfecha.

—Oh, sí, mi artículo. Qué maravilla. —Jennifer no pudo evitar reírse—. En fin. Me voy.

Claire se levantó y le dejó un beso rápido en la frente.

—Pero ¿no te quedas a cenar?

—No, la cena es para ti. Pensé que tendrías demasiadas agujetas de tu cita como para molestarte en preocuparte por tu alimentación. Tienes que reponer fuerzas.

Le guiño un ojo y Jennifer se emocionó. La adoraba por detalles como ese.

—Gracias, Claire.

—Por algo dicen que soy la mejor.

Se marchó y Jennifer se comió todo lo que había en la bolsa. Desde que le había dado el primer mordisco a la pizza la noche anterior se había prometido volver a disfrutar de los pequeños placeres de la vida, y comer era uno de ellos. Mientras lo hacía, le daba vueltas a todo lo que le había confesado a su amiga.

¿Y si era cierto que Cole era el hombre que tanto había buscado años atrás? ¿Y si había aparecido justo cuando se había cansado de buscar? ¿Y si sentía algo más que un deseo irrefrenable por Cole Chapman?

No podía negar que la cita había sido perfecta. No recordaba otra igual y eso que tampoco había tenido nada en especial, pero ahí radicaba su encanto. Se respiraba una complicidad innata entre ellos y todo lo que iba averiguando de ese hombre la atraía aún más hacia él. No podía hablar de amor. Jennifer no creía en los romances inmediatos ni tampoco en los flechazos, siempre había sido más práctica que todo eso, aunque no podía negar que pensar en Cole se había convertido en una rutina de su día a día a la que le había cogido el gusto. En cuanto lo hacía, una sonrisa despertaba en su cara de forma inmediata. Por no hablar de las mariposas de su estómago. Siempre había creído que esa expresión era una tontería inventada por los centros comerciales para vender más flores en San Valentín, pero de pronto entendía lo que todo el mundo afirmaba sentir cuando se enamoraba. Un cosquilleo entre agradable y molesto cuando la otra persona aparecía en su campo de visión o cuando la besaba después de días sin hacerlo.

No podía hablar de amor, era cierto, pero Jennifer no dejaba de hacerlo.

Cole entró en el California Beach como si fuera el hombre más poderoso del universo, pero solo se trataba de uno que había pasado una noche fantástica.

—Intuyo que tu noche fue mejor que la mía —le dijo Thomas.

Ambos entraron en uno de los almacenes y se abrieron una cerveza.

Cole había pasado el domingo sin moverse del sofá, recordando los momentos compartidos con Jennifer en su piso y pensando en ella. Si miraba la caja vacía de pizza, sonreía como un idiota. Si veía la sudadera que le había prestado, la olía como un demente. Si encendía la

televisión, recordaba a la jefa a su lado haciendo comentarios sarcásticos que le hacían reír.

Por la tarde pensó que estaría bien visitar a Thomas y, por qué no, hablar con él lo que le traía de cabeza.

—Fue genial. Increíble. Es una mujer fantástica.

Thomas alzó una ceja. No era habitual ver a su amigo tan relajado hablando en esos términos de una mujer. Cuando había sucedido en el pasado, Cole se había mostrado asustado y decepcionado, porque en su cabeza y por su modo de vida solo significaba que había llegado el momento de despedirse de ella. Sin embargo, desde el principio, cuando hablaba de esa tal Jennifer había sido diferente.

Thomas siempre que pensaba en ella se acordaba al instante de la bruja de Claire Dillon y se tensaba. Sabía que ni su amigo ni Jennifer lo merecían, pero era superior a sus fuerzas.

—¿Vais en serio?

Cole negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé lo que es, ¿sabes? Pero me encanta estar con ella. Me apetece ir a trabajar mañana, ¿no es algo increíble?

Thomas se rio con ganas. Cole le recordaba a él mismo cuando era un adolescente y estaba deseando ir a clase a la mañana siguiente para ver a la chica que le gustaba.

Pensó que, quizá, por primera vez su amigo se había enamorado y se alegró por él. Tal vez era lo que Cole necesitaba para sentar cabeza y tener algún tipo de estabilidad en su vida. Más aun cuando su madre lo necesitaba cerca más que nunca.

—Me alegro por ti. Solo espero que no tengas que soportar a esa Claire Dillon cerca. No sé si Jennifer merecerá tanto la pena —bromeó Thomas, aunque por dentro ardía solo por pronunciar su nombre.

—Bueno, es un precio que estoy dispuesto a pagar. Además, por lo que Jennifer me ha contado, es una buena chica.

Thomas se tensó al momento. Una cosa era respetar que Cole tuviera alguna relación con ese bicho de pelo rubio corto y Converse rosas, y otra muy distinta que tuviese que escuchar alabanzas hacia ella.

—¿De qué lado estás, tío?

Cole levantó las manos en señal de inocencia. Pensó que nunca había visto a Thomas así; era una de las personas más serenas y controladas que conocía, pero esa pequeña mujer con cara de niña hacía que la vena de su frente se marcara en el acto.

—¿Yo? En ningún lado. De poder elegir, encima de Jennifer.

Ambos estallaron en carcajadas y brindaron con otra cerveza.

Una hora después, se marchó a casa caminando sin prisa. Lo hizo pensando en esas confesiones que no había tenido que meditar demasiado. Jennifer le gustaba y mucho. No podía

dejar de pensar en ella. Desde que la había visto en el club con aquel vestido rosa, que ella ya le había dejado claro que era frambuesa, se había quedado clavada en sus pensamientos y no había manera de sacarla de allí.

Habían pasado muchas mujeres en su vida. En alguna de esas etapas, siendo más joven y un tanto inconsciente, había roto algún corazón, pero jamás nadie había tocado el suyo más allá de una bonita amistad, buen sexo y unas risas compartidas.

No obstante, cuando pensaba en Jennifer notaba que su pulso se aceleraba. Y no era solo por la excitación inmediata, aquella reacción había pasado a un segundo plano, sino por todo lo demás que le atraía de ella. Su voz ronca, como se tapaba la boca cuando se reía, su sentido del humor, lo perfeccionista y luchadora que era en el trabajo y hasta su vena competitiva.

Cole nunca se había enamorado, pero ya llegando al portal de su apartamento pensó que, tal vez, estaba a punto de admitir que ya lo había hecho.

La demostración

Una vez aceptados los sentimientos, se acostumbraron el uno al otro. Ni Jennifer hizo preguntas ni Cole expuso sus pensamientos, solo se dejaron llevar sin poner etiquetas a lo suyo.

En la oficina comenzaron a buscar cualquier excusa para acabar encerrados en el despacho de Jennifer de vez en cuando. En esas ocasiones los asaltos eran rápidos, con la ropa puesta y apenas hablaban, pero los dejaba saciados y les daba energía para continuar con la jornada con una sonrisa radiante.

No obstante, ya habían asumido que lo suyo no era solo sexo; Cole se lo confirmaba a Jennifer cuando le mandaba correos electrónicos que la hacían reír y sonrojarse a partes iguales o ella a él cuando se cruzaban de forma azarosa en los baños comunes y Jennifer no podía controlar las ganas de darle un beso dulce.

Jennifer se escapaba a la azotea algunos días. Lo hacía sola, porque había encontrado allí un descanso en el que se permitía respirar el aire fresco de la ciudad y fumarse un cigarrillo que disfrutaba como el mejor del día.

Cole salía con Rose y Mason a almorzar y algunas tardes compartían unas rondas de cervezas al salir de trabajar. Había acabado sintiéndose parte de ese equipo más de lo que había creído en un principio.

Sin embargo, no todo se resumía en una aventura en la oficina entre jefa y empleado, sino que quedaban de vez en cuando en la intimidad de sus pisos. Empezaron con otra cita un miércoles cualquiera en el que finalizaron el día durmiendo juntos en la cama de Jennifer y acabaron por compartir sueño tres o cuatro noches por semana. Siempre con la apariencia de que no tenían ningún compromiso ni responsabilidad con el otro, pese a que, a todas luces, estaban sembrando el comienzo de un romance que no tenía nada que envidiar al de cualquier otra pareja.

Una de esas noches, dormían abrazados en la cama de Jennifer después de hacer el amor, cuando sonó el teléfono de Cole. Era tan tarde que ambos se extrañaron.

—¿Sí?

—¿Qué pasa? —dijo Jennifer incorporándose medio adormilada.

—De acuerdo, gracias. Voy para allá.

Se pasó las manos por el rostro y ella enseguida captó que sucedía algo importante. No había que ser muy lista para saber que se trataba de su madre.

—Se la ha llevado una ambulancia. Está bien, pero ha tenido una bajada de defensas.

La madre de Cole tenía una afección cardíaca que la tenía siempre atada a los hospitales. Se lo había contado a Jennifer en una de sus interminables charlas. No había sido especialmente claro, pero ella había intuido que la situación era complicada y que cualquier riesgo en su madre podría ser fatal.

Lo abrazó por el cuello y él le dejó un beso en el antebrazo.

—Voy al hospital.

—Claro, no te preocupes.

—Mañana...

Jennifer se dio cuenta de que se refería al trabajo.

—¡No te preocupes por nada! Estoy al tanto. Tómate el tiempo que necesites. Avisaré de que me mandaste un mensaje por la noche para estar avisada la primera.

Él asintió agradecido.

Sin embargo, de repente quiso pedirle algo y lo hizo sin más. No sabía si era demasiado, pero una sensación de lo más incómoda se le había asentado en el estómago al responder la llamada y le apetecía contar con la presencia de Jennifer porque ella lo calmaba. La necesitaba cerca.

Cole se giró y agarró sus manos entre las suyas.

—Jefa, no sé si esto es extralimitarme, pero... me gustaría que... yo...

Estaba nervioso como nunca antes. Quizá porque pedir aquello significaba demasiado para ambos, y Cole no quería estropear lo que tenían por sentirse momentáneamente vulnerable.

—¿Cole, intentas pedirme que te acompañe?

Él se rio, su intento había sido patético, y ella lo abrazó tan fuerte que se cayeron hacia atrás sobre la cama.

Jennifer sintió tanta pena que tuvo que hacer esfuerzos por no llorar. Y no por el estado de la madre de Cole, aún lo desconocían, sino por lo que la estaba demostrando en una situación tan delicada para él y su familia.

Se vistieron y salieron hacia el hospital en el coche de Cole. Hicieron el trayecto en silencio y ante la preocupación de él, Jennifer apoyó la mano en su muslo y la dejó ahí todo el camino.

Cuando llegaron, el padre de Cole estaba sentado en una butaca de la sala de espera.

—Papá, ¿cómo está?

—Bien, está dormida. La han dejado en observación. Mañana el médico nos dirá si solo ha sido un susto o quizá sean malas noticias.

Cole palmeó el hombro a su padre y entonces él se fijó en que su hijo no había llegado solo. Jennifer se había mantenido en un segundo plano, pero ante la mirada curiosa del señor Chapman

se acercó y le tendió la mano.

—Buenas noches, señor Chapman. Soy Jenn, una amiga de Cole.

Cole se sorprendió por la manera en la que se presentó Jennifer, y no porque lo hiciera como una amiga y no como algo más, sino porque fue lo suficientemente astuta como para no desvelar que se trataba de su jefa. Su padre y su madre no tenían secretos, así que antes de que le preguntaran a Jane como se encontraba ella ya sabría que su hijo había aparecido acompañado por una guapa mujer. Su madre se lo contaría a su hermana Anne y Henry, su marido y dueño de la empresa para la que trabajaba, no tardaría en atar cabos y en descubrir qué hacía Jennifer a esas horas de la noche a su lado. De hecho, Cole se dio cuenta de repente de que había sido un irresponsable al pedirle algo así. Observó a Jennifer, que charlaba de forma amistosa con su padre y se preocupaba de verdad por el estado de salud de su madre, y pensó que ella lo había sido incluso más. Sin embargo, tenía la certeza de que ella sabía que podía meterse en un lío desde el primer momento y, aun así, no había dudado ni un segundo en acompañarlo. Aquel detalle fue para Cole más importante que cualquier otro gesto.

Jennifer se dio cuenta muy rápido de lo que Cole se parecía a su padre. No solo físicamente, con su pelo claro y sus ojos azules, sino en la diversión que siempre salía a relucir con ellos. Incluso sufriendo y atemorizado por su mujer, Robert Chapman tenía tiempo para las bromas y para lanzar algún piropo a Jennifer que la hizo reír con ganas.

Poco después, el médico lo llamó y se excusó para entrar a ver a Jane. Cole le propuso a Jennifer ir a la cafetería a por algo de beber.

Bajaron en completo silencio por las escaleras y ya en la puerta de la cafetería Cole se paró y se giró hacia Jennifer.

—Oye, jefa. —Ella sonrió ante ese apelativo—. Quizá sea mejor que te vayas.

—No pasa nada, de verdad.

—No, mañana tienes que madrugar y ya te he puesto en riesgo pidiéndote que me acompañaras. Ni siquiera pensé que pudiera ser un problema en la empresa.

Jennifer negó con la cabeza. Cuando Cole se lo había pedido, no había dudado ni un momento en que iba a estar a su lado. Ese había sido su primer pensamiento. El segundo, que había una posibilidad de que Henry se enterase de su relación y que eso fuera un problema, teniendo en cuenta la política de relaciones entre empleados que tenía la empresa. Estaban prohibidas y lo sabían bien, aunque lo hubieran pasado por alto durante semanas. Por ese motivo se había presentado al padre de Cole solo como Jenn, una amiga; el hombre estaba tan preocupado que no le había dado más importancia a su presencia, más que el hecho de que había reído con una complicidad encantadora a su hijo.

No obstante, quizá Cole tuviese razón. Era el momento de irse, de dormir un poco y al día siguiente ocuparse de cubrir las tareas de Cole todo el tiempo que él necesitara.

—Lláname cuando sea y por el motivo que sea, ¿de acuerdo?

—Sí, jefa.

Ambos sonrieron.

—Espero de corazón que todo vaya bien, Cole.

Él tragó saliva y asintió; luego se miraron unos segundos, hasta que él la acogió en sus brazos y se abrazaron con fuerza. Fue Jennifer la que se acercó, pero era Cole el que necesitaba aquel gesto, sentir su piel, su aroma y su afecto.

Cuando Jennifer salía por una de las puertas giratorias del hospital, se cruzó con Henry y con la que supuso que era su mujer, que entraban por la puerta contraria, aunque él no la vio.

Su padre le sonrió al volver con dos cafés bien cargados. Le habían dejado pasar a ver a su esposa unos minutos, pero ella dormía y debía estar bajo vigilancia aún unas horas, a la espera de unas pruebas. Su corazón seguía funcionando, quizá cada vez a un ritmo más lento, pero latía y eso era lo importante.

Sus tíos habían llegado y Cole suspiró con alivio al comprobar que no había visto a Jennifer; lo que menos deseaba era que ella pudiera tener problemas por su culpa.

El médico les sugirió irse a casa, pero todos negaron con la cabeza y se sentaron de nuevo en la sala de espera. No iban a moverse de allí hasta que la mujer pudiera irse también con ellos. Aún no conocían la terquedad de los Chapman.

—Muy guapa tu amiga —dijo su padre con picardía.

—¿Qué amiga?

Cole se tensó ante la pregunta de Henry y se encogió de hombros, intentando mostrar indiferencia ante la presencia de Jemm.

—Debía estar acompañado cuando lo avisamos.

—Ah, ¿sí? —preguntó su tía emocionada por el cotilleo familiar.

—De verdad, solo es una amiga. Oye, Henry, ¿cómo te va en el campo de golf?

Cambió de tema a uno del que a su tío le encantaba alardear y se libró así de tener que dar más explicaciones sobre la misteriosa chica que lo había acompañado al hospital.

Pasaron la noche en esas butacas incómodas y frías. A ratos charlando y a otros pensando en Jane, de la que aún sabían poco, y de sus propias preocupaciones. Cole también pensó en Jennifer. Lo hacía constantemente, pero esa noche algo cambió para él. La demostración de la jefa había sido determinante para que sus sentimientos se afianzaran. No sabía cuándo podría volver a verla, no pensaba separarse de su madre hasta comprobar que estaba de nuevo estable y en casa, pero Cole se prometió una cosa: en cuanto pudiera dedicarle a Jennifer la atención que se merecía, le demostraría también que estaba para lo que ella quisiera aceptar. Porque Cole, en aquella sala fría y con olor a desinfectante, se dio cuenta de que no solo deseaba a Jennifer para disfrutar de los buenos momentos, también la quería a su lado en los malos. La quería para todo y estaba más que

dispuesto a mostrárselo.

La distracción

Jennifer llevaba toda una semana sin ver a Cole. Habían hablado un par de veces por teléfono y se habían mensajado a menudo, pero comenzaba a no ser suficiente. Se sentía inquieta. Y no era ya por lo que lo echaba de menos y lo fría que estaba su cama sin él, sino porque necesitaba comprobar que estaba bien y que las palabras tranquilizadoras que le decía y su tono socarrón era real y no simulado para que ella no se preocupara en exceso.

A su madre le habían dado el alta apenas un día después de su llegada a urgencias. Su afección era crónica, no debía asumir riesgos innecesarios y siempre podría darle sustos como el que ella había presenciado, pero estaba estable y disfrutando de la tranquilidad de su casa.

Sin embargo, Cole aún no había vuelto al trabajo y Jennifer no se había atrevido a preguntarle a Henry esa mañana si sabía cuándo volvería. Ella, al menos, seguía sin tener noticias al respecto.

Se levantó de su despacho y cogió la cajetilla de tabaco que escondía en el cajón. Se había acostumbrado a escaparse a la azotea un ratito cada mañana y, pese a que odiaba esa costumbre que había adquirido por culpa de Cole, una parte de ella agradecía que él le hubiera regalado ese escape dentro de su oficina.

Pasó por delante de la mesa de Mason y este la saludó con un guiño antes de seguir concentrado en la pantalla de su ordenador. Subió a la azotea y cuando abrió la puerta la recibió un sol espléndido. Hacía una mañana estupenda. Se dijo que, quizá, iría a dar un paseo a la playa al salir de trabajar. Hacía años que no la pisaba. Ella, que siempre había adorado pasar horas en bikini bronceándose al sol. Desde que había conocido a Cole había recordado muchas cosas que le gustaban y que, sin saber el motivo, había sacado de su vida.

Ni siquiera había encendido el cigarrillo cuando la puerta chirrió a su espalda.

Se giró y entonces lo vio. Ahí estaba Cole, con un traje azul oscuro, una camisa blanca y una sonrisa preciosa.

Jennifer no pudo evitarlo. Corrió hacia él y lo abrazó con ganas.

—¿Siempre recibes así a tus empleados, jefa?

Se rieron y ella le pellizcó el brazo como respuesta. Cuánto lo había echado de menos. Hasta que no lo tuvo delante no se había dado cuenta de que el sentimiento era demasiado intenso.

Se separó lo justo para observarlo bien y comprobar que él había sido sincero.

—¿Cómo estás? ¿Y tu madre?

—Todo bien, Jenn. Te lo prometo.

Ella asintió y entonces lo besó. Presionó sus labios con los de Cole y dejaron que sus bocas se contaran lo que se echaban en falta tras tantos días separados.

El cuerpo de Cole la reconoció en cuanto sus lenguas se enredaron. Se apretó contra ella y la

empujó hasta una poyata. Jennifer se subió de un salto y quedó sentada con las piernas abiertas para acoger al hombre. Encajaron como siempre y enseguida las ganas fueron más fuertes que la contención y que el sentido de la responsabilidad. La puerta estaba abierta, debían volver abajo y muchas otras cosas que debían tener en cuenta, pero nada les importaba, porque solo podían besarse, tocarse y expresar con sus manos lo que sentían el uno por el otro.

Jennifer no podía pensar. Todo era Cole.

Cole no podía parar. Todo lo que quería lo tenía en sus manos.

El beso se volvió profundo y sensual, y los dedos de él se colaron hasta palpar el comienzo de la ropa interior de Jennifer.

Ella ladeó la cabeza poseída por la excitación y fue en ese preciso momento en el que reparó en que había una figura atravesando la puerta.

Se quedó sin aliento.

—Cole.

—Dime, jefa...

Le mordisqueó el escote y ella lo empujó mientras se recolocaba la ropa.

—¿Qué pasa?

Jennifer se separó y se bajó de su asiento improvisado. Se pasó las manos por el pelo y sintió que todo su mundo se hacía pedazos.

—Era Rose. Estaba ahí. No sé por qué, pero nos ha visto. ¡Nos ha visto, Cole!

Él tensó la mandíbula y se colocó la camisa. De repente, la realidad les golpeó a los dos. Cuando estaban juntos se olvidaban de todo hasta un punto en el que había faltado poco para que hicieran el amor no solo en las inmediaciones de la oficina, sino a la vista de cualquiera que pasara por allí.

—No dirá nada, Jennifer. No te preocupes.

Cole lo pensaba en serio. No creía que fuera tan grave. Sí, había reglas, pero todos las rompían. Mason comía a menudo en su mesa de trabajo fuera del horario que correspondía al almuerzo y había pillado dos veces a Rose hablando con su novio por teléfono en la oficina, y no precisamente por un motivo urgente.

—¿Que no me preocupe?

—Tienes que relajarte.

Aquella frase le sentó a Jennifer como una bofetada. ¿Que se relajase? Cole no tenía ni idea de lo que eso suponía para ella, para una carrera perfecta e impoluta que, de repente, se había ido al garete por una simple distracción. Lo observó bien, tan tranquilo, colocándose la ropa para que no pareciese lo que había pasado: que habían estado a punto de hacer el amor en la azotea. Lo mismo que había estado ocurriendo en otras jornadas anteriores dentro de su despacho.

—Y tú tienes que cerrar el pico —le soltó sin ocultar su enfado.

Jennifer se pasó la mano por la frente, como si no hubiera sido consciente hasta ese instante de lo que habían hecho las últimas semanas.

Cogió aire por última vez y se marchó de allí sin volver a mirarlo y sin comprobar si Cole la seguía.

Pasó por delante de Rose y Mason sin decir una palabra. Ambos trabajaban, en apariencia ajenos a lo que ella había presenciado. Entró en su despacho y fue a cerrar la puerta, pero antes de hacerlo decidió volver a ser la Jennifer profesional que era y llamó a su compañera.

—Rose, ¿puedes venir un momento?

Ella obedeció y, segundos después, volteaba la puerta del despacho de Jennifer y se sentaba frente a ella con la mesa de por medio. Se observaron unos instantes mientras Jennifer intentaba encontrar las palabras más sensatas para aquella situación, pero se dio cuenta rápido de que no había otra salida que la honestidad.

—Rose... —Suspiró profundamente—. Siento lo que has presenciado.

—No te preocupes, Jenn. Yo no quería... —La joven se colocó su melena rubia detrás de las orejas con nerviosismo; para ella tampoco era un plato de buen gusto mantener esa conversación—. A veces subo a la azotea y me fumo un cigarrillo. Sé que está prohibido fumar en las instalaciones, pero pensé que no pasaba nada si nadie me veía. Ni siquiera Mason lo sabe —dijo con expresión arrepentida, por si aquella revelación pudiera también tener consecuencias para su compañero—. Aceptaré la sanción correspondiente.

Jennifer no pestañeó. No podía creérselo. ¿Rose se estaba disculpando por su aparición? Jennifer ni siquiera había pensado en los motivos por los que su compañera pudiera estar allí arriba, bastante tenía con su propia culpa. Rose había pillado a Cole y a Jennifer besándose y metiéndose mano como adolescentes y era ella la que pedía perdón. ¿El mundo se había vuelto loco?

—Dios Santo, Rose. ¿Te estás disculpando?

Ella se mordió el labio ruborizada. Jennifer se quitó las gafas y cerró los ojos para recuperar la cordura.

—Siento lo que has visto allí arriba.

—Yo no he visto nada, Jenn.

Jennifer se emocionó ante su lealtad. Tenía el mejor equipo que podía desear.

—Sí lo has visto, Rose. Cole y yo...

Entonces, Jennifer, la siempre educada, responsable y tenaz Jennifer, se derrumbó. Apoyó la frente en la mesa, sintiendo que el frío la sentaba bien, y dejó escapar el aliento contenido desde la azotea. La mano de Rose sobre la suya la consoló y la apretó entre sus dedos.

—No sé qué estará pasando entre vosotros, pero soy una tumba, Jenn. Tienes mi palabra.

Sonrió y Jennifer le devolvió una sonrisa a medias, un poco triste. En realidad, no se sentía

triste, sino decepcionada consigo misma. Percibía que todo lo que había creado, todo por lo que había luchado, se hacía pedazos. Había dedicado su vida los últimos años a demostrar que era la mejor en su puesto, había sido su único objetivo, y se había alejado de él.

Los ojos se le humedecieron.

—Eh, Jenn. No te preocupes. ¿Quieres que hablemos?

Jennifer observó a aquella chica. Le recordaba un poco a ella misma cuando empezó en Dietic Life, aunque con el tiempo se había convertido en otra cosa muy distinta.

Acabó por asentir; la necesidad de soltar en ese momento todo lo que sentía era demasiado fuerte.

—¿Desde cuándo ocurre? —preguntó Rose.

Jennifer suspiró y le relató su historia con Cole desde el principio. Le confesó los encuentros en ese despacho y sus escapadas a la azotea para fumar. También, sus citas fuera de la oficina. Contar su romance en alto le hacía sentirse la peor profesional del mundo, pero asumía que una parte de ella no habría podido evitar que sucediese, ni siquiera habiéndolo deseado.

—¿Así que os conocíais desde el primer día? —La expresión soñadora de Rose le dijo a Jennifer que era una romántica empedernida—. Vaya.

—Supongo que lo disimulábamos muy bien.

Rose se rio y sacudió la cabeza divertida por lo que estaba escuchando.

—En realidad, saltaban chispas entre vosotros, Jenn. Mason y yo teníamos hasta una apuesta de cuánto tardaría en pasar algo entre vosotros. Lo que ninguno había confirmado es que ya había ocurrido. Jamás me habría imaginado que tú te saltaras las normas.

No lo dijo como un reproche, sino casi con admiración, como si Rose de pronto estuviera delante de una versión de su jefa distinta a la que conocía hasta entonces. Una versión que, aunque Jennifer no lo comprendía, parecía agradarle más.

—Si quieres, puedes ganar la apuesta. Fingiré lo que necesites.

Ambas se rieron.

—Y... ¿es algo serio?

Pese a que Rose esperaba escuchar de sus labios el relato de un apasionado romance con final feliz, Jennifer no dudó. Fue una respuesta tan directa que hasta a ella misma le sorprendió.

—No, no tienes de qué preocuparte.

Quizá no estaba siendo del todo sincera, pero necesitaba que aquella situación se terminara. Cerraría lo suyo con Cole en aquel instante, al menos lo que había ocurrido entre ellos en la oficina. Fuera de aquel edificio, ya verían cómo seguía su relación. Lo que Jennifer tenía claro era que no deseaba perder todo lo conseguido y que rectificar era de personas inteligentes. Habían errado al liarse en el trabajo, era cierto, y a partir de ese momento volverían a ser sensatos y dejarían el placer para su vida privada.

Rose frunció el ceño como si no la creyese, así que Jennifer, sintiendo mentirle después de lo buena que había sido con ella, se dijo que era por el bien de todos y continuó hablando:

—De hecho, esto tenía que acabar en algún momento y es este. Cole solo ha sido para mí una distracción. Una especie de fantasía de despacho. —Rose se rio con complicidad—. Trabajo demasiado, todos lo sabéis. Necesitaba un paréntesis de la realidad, un escape, y apareció él más que dispuesto a ofrecérmelo.

—Lo entiendo. Es una pena, ya que hacíais buena pareja, ¿sabes?

Jennifer tragó saliva y siguió con su monólogo.

—La noche que lo conocí iba a cumplir un año de sequía, ¿te lo puedes creer? Me sirvió para romper esa mala racha, aunque podía haber escogido a cualquier otro hombre atractivo del club. Así que de la misma forma se acaba y nos olvidaremos de esta conversación bochornosa.

Ambas sonrieron. Jennifer se dio cuenta de que debía prestar más atención a Rose a partir de ahora; quizá incluso invitarla algún día a almorzar. Se lo debía por tantos años a su lado y por la lealtad que le había mostrado.

—Si es lo que quieres, me parece bien. De todas formas, que sepas que conmigo tu secreto está completamente a salvo.

—Confío en ti, Rose. Y te lo agradezco.

—Yo también en ti. Mason y yo sabemos que, aunque estés muy centrada en tu carrera y siempre parezcas estar un tanto ausente, nos aprecias. Quiero que sepas que es mutuo.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Sabemos que tu carrera es lo más importante, pero también que siempre estás pendiente de nosotros, de nuestras comodidades y preocupaciones. Si tuviéramos que elegir entre todos los jefes del edificio, te escogeríamos a ti.

Jennifer se emocionó y se secó las lágrimas con un pañuelo. ¿Qué diablos le pasaba? Estaba demasiado blanda, estaba viviendo demasiadas emociones a la vez que iban a volverla loca.

—Pero eso no es cierto del todo.

No lo era. Jennifer podía hacer mucho más por ellos y ambas lo sabían. Se había encerrado cada vez más con el paso de los años.

Rose se encogió de hombros para restarle importancia y sonrió.

—O estas todo lo pendiente que te permites a ti misma.

Jennifer se dio cuenta de que no todo lo había hecho bien. Los resultados eran los mejores de cara a la empresa, pero no todo eran números. También estaban las personas. Se prometió que eso iba a cambiar desde esa misma mañana.

—Rose, a partir de ahora, tienes mi palabra de que eso va a dejar de ser así.

Ella negó con efusividad.

—No es necesario. Lo que importa es que tú estés bien.

—Y lo estoy. —Jennifer vio la duda en los ojos de Rose y la animó a decir lo que estuviera pensando—. ¿Qué es lo que pasa?

—No quiero meter la pata ni que pienses que soy una cotilla, pero por lo poco que te conozco, creo que, si has sido capaz de hacer esto con Cole, es porque él de verdad te importa.

Si a Jennifer le sorprendió que Rose la conociera tan bien, lo disimuló a la perfección.

—Gracias por preocuparte por mí, pero te equivocas. Cole no me gusta más allá de lo que hemos compartido. No es importante para mí.

Rose asintió ante la determinación de Jennifer. Luego hablaron un poco más de asuntos de trabajo. La vergüenza y la culpa de Jenn se disiparon, pero lo que ella no sabía era que volverían a crecer rápido, cuando descubriera que alguien más había escuchado parte de su conversación, porque la puerta no había sido cerrada del todo...

Cole estaba enfadado. No era para menos.

Después de tranquilizarse en la azotea, se había dirigido al despacho de Jennifer para pedirle disculpas por haberse comportado como si aquella pillada no importara, cuando para ella era importante. También con la intención de dar la cara, en caso de ser necesario, y de asumir cualquier responsabilidad que su encuentro pudiera tener. Habría estado dispuesto a perder su empleo solo para que Jennifer no tuviera que pasar el mal trago, mucho menos que viera perjudicada su carrera por un desliz que se les había ido un poco de las manos. ¿Y qué se había encontrado? A una Jennifer hablando de su relación con Rose en unos términos y un tono que lo habían sorprendido y que le parecían despreciables.

«Me sirvió para romper esa mala racha, aunque podía haber escogido a cualquier otro hombre atractivo del club».

Tensó la mandíbula hasta que le dolieron los músculos y se dirigió a los lavabos. Necesitaba refrescarse y serenarse. Se mojó la nuca y la frente, y se miró al espejo. Qué idiota había sido. ¿Cómo había podido creer que entre él y Jennifer podía haber algo más que una aventura sin importancia? Ella era su jefa. Tenía una vida organizada y aspiraba a cosas que Cole no podría jamás ofrecerle. Y mientras él la echaba de menos esos días alejados el uno del otro y se imaginaba formalizando lo suyo y pensando en el futuro, ella sabía que su historia tenía los días contados.

«Cole solo ha sido para mí una distracción. Una especie de fantasía de despacho».

La voz de Jennifer se repetía en su cabeza y cerró los puños por la ira. Se sentía utilizado, como un juguete del que ella había disfrutado y que pensaba tirar en el momento menos pensado.

¿Cómo podía ser una mujer tan fría, tan vacía? Le costaba creer que lo hubiera engañado de tal

modo, con sus sonrisas, su forma cariñosa de abrazarlo y tocarlo cuando estaban a solas, su apoyo constante, su compañía cuando había sucedido lo de su madre.

«Cole no me gusta más allá de lo que hemos compartido. No es importante para mí».

¿Entonces por qué se había comportado como si lo fuese? ¿Qué sentido tenía acompañarlo al hospital y conocer a su padre, si a su vuelta pensaba dejarlo?

Cole dio un golpe al lavabo y salió de allí furioso, triste y decepcionado tanto con Jennifer como consigo mismo por haber estado tan ciego.

Antes de que Rose saliera del despacho de Jennifer, él ya había salido del edificio.

Los cambios

Era la tercera vez que lo llamaba por teléfono, pero lo tenía apagado.

Cuando Rose se había marchado del despacho, Jennifer se había desplomado contra la mesa. Estaba exhausta y se sentía mal por las mentiras, pero sabía que lo mejor para todos y, sobre todo, para que ni ella ni Cole tuvieran problemas en la oficina, era fingir que lo suyo había acabado de cara a Rose. Ya tendrían tiempo de ver el modo de hacer pública su relación cuando estuvieran seguros de que tenía un futuro. De momento, debían comprobar si sus encuentros continuaban siendo igual de especiales que los primeros como para tomar decisiones al respecto.

Jennifer estaba emocionada. Se había aceptado que sentía algo por Cole, pese al poco tiempo que llevaban viéndose, y después de haberlo visto esa mañana se moría por abrazarlo de nuevo y pedirle perdón por su reacción ante la pillada de Rose.

Sin embargo, cuando salió del despacho en su búsqueda una hora más tarde, Mason le dijo que se había largado.

—¿Cómo que se ha largado?

Mason se encogió de hombros.

—Ha dicho que tenía que hablar con Henry.

Aquello sorprendió a Jennifer lo mismo que si un dinosaurio hubiera entrado danzando por las oficinas.

El despacho de Henry se encontraba en la última planta. Subió sin saber muy bien qué iba a encontrarse y llamó a su puerta. Cuando entró, supo antes de que se lo dijera que tenía malas noticias.

—Henry, ¿has hablado con Cole?

Al decirlo, Jennifer se quedó pálida. ¿Y si él había ido a confesar lo suyo? ¿Y si el muy cretino quería culparla a ella? Se odió al momento por pensar mal de Cole, pero fue un pensamiento irrefrenable.

—Sí. Ha dejado el trabajo.

—¿Qué? ¿Por qué?

Jennifer no se lo podía creer y Henry, por su expresión, tampoco.

—No lo sé. Ha dicho que esto no es para él. Que solo era una distracción, un paréntesis de su realidad... algo así, y que ya se había cansado. No entendía muy bien qué quería decirme. El caso es que no he logrado que cambiara de opinión y se ha ido.

Jennifer empalideció. Esas palabras... ese discurso...

No parecían una razón, sino que juraría que estaban destinadas a su relación.

Tembló y se sujetó a la butaca para no desplomarse.

¿Habría escuchado Cole su conversación con Rose? No era posible. Además, aquellas palabras no eran más que tonterías. Lo había soltado no solo pensando en ella, sino también en él.

—¿Puedes llamarlo? Quizá, si yo hablara con él...

Henry negó con la cabeza.

—¿Ha sucedido algo que deba saber, Jennifer?

Ella se tensó, pero la culpa y la vergüenza provocaron que su mentira saliera de sus labios antes de meditar si era el momento de decir la verdad.

—No. Ha sido un trabajador ejemplar.

Él asintió; al menos parecía complacido al saber que contratarlo por ser familia no había tenido consecuencias desastrosas.

—Le ofrecí tu puesto tres veces, ¿puedes creértelo? —Aquella confesión sorprendió a Jennifer—. Hizo las prácticas para la competencia en San Francisco antes de irse a recorrer mundo. Era el mejor. Rechazó un contrato de lo más suculento e hizo lo mismo aquí.

—No tenía ni idea.

—No es algo que vaya contando. Cole no es como tú o como yo, Jennifer, que nuestra carrera lo es todo. Para él la felicidad radica en otras cosas más... terrenales, más sencillas.

Ella asintió y salió del despacho con la firme sensación de que se había equivocado.

Durante el resto de la jornada se esforzó por concentrarse en sus tareas, pero resultaba imposible. Cada diez minutos miraba su teléfono móvil y marcaba una tecla, pero el de Cole estaba apagado. Jennifer se mordió dos uñas y limpió las gafas con nerviosismo media docena de veces en un tic ridículo que no podía controlar.

No se podía quitar de la cabeza la idea de que Cole hubiera creído que a ella no le importaba. Tampoco la frase de Henry:

«Para él la felicidad radica en otras cosas más... terrenales, más sencillas».

No sabía por qué, pero aquellas palabras se le habían grabado a fuego.

Salió del trabajo y no dudó en adonde se dirigían sus pasos. Cogió un taxi y se dirigió al apartamento de Cole. Quizá él no quería oírla, pero Jennifer iba a intentar por todos los medios que le diese una oportunidad de explicarse.

Cuando llamó al timbre, Cole no pareció sorprendido al escuchar su voz.

Entró en el piso y se lo encontró sentado en la isleta de la cocina. Frente a él, había un vaso con dos hielos y un líquido oscuro dentro. Sus ojos la miraron y Jennifer vio en ellos toda esa decepción que le dolía como nada más en el mundo.

—Cole, tenemos que hablar.

Él sonrió, pero su expresión no era feliz.

—Habla. Y luego vete.

Ella tragó saliva, dejó el bolso en la isleta y, para sorpresa de Cole, le quitó el vaso y le dió un sorbo largo para tranquilizarse antes de soltar lo que quería decirle.

—¿Por qué te has despedido?

—No es de tu incumbencia.

—Creo que sí. Creo que todo ha sido un malentendido.

Volvió a sonreír y Jennifer comenzó a ponerse nerviosa. Tal vez no había elegido las mejores palabras para empezar, pero siempre le había costado exponer sus sentimientos y aquella situación era lo más parecido para ella a una declaración.

—Yo creo que has sido muy clara con Rose. Tajante, incluso.

—Era mentira. Solo quería que nos dejara en paz.

—¿Lo del día del club también era mentira?

Jennifer apartó la mirada avergonzada. Cuando se había oído diciéndole a Rose que Cole le había servido para romper su estúpida mala racha sexual, se había sentido estúpida, pero no había vuelta atrás. De algún modo, por mucho que a ambos les doliera, así había sido.

Cogió aire y se sinceró con Cole.

—No, no lo era.

—Pues no tengo nada más que escucharte.

—Pero Cole...

Ella hizo un intento de acercarse, pero él alzó la mano para evitar que lo hiciera. No podía tenerla cerca. No quería que lo tocara. Cole se sentía demasiado débil cuando ella estaba delante. Se había enamorado de ella como un idiota y no deseaba seguir haciendo el ridículo. Bastante lo había hecho ya.

—Quiero que te vayas.

Jennifer parpadeó para apartar las lágrimas. Después decidió que debía respetar su decisión, se dio media vuelta y se marchó.

Lo había intentado. Eso se decía mientras caminaba de vuelta a su casa y se limpiaba las mejillas por las lágrimas que ya no hacía falta controlar. Había ido a casa de Cole y se había encontrado con un hombre que no aceptaba explicaciones. Si quizá su actitud hubiera sido otra, se habría sentado a su lado, las disculpas habrían llegado y Jennifer habría tenido una posibilidad de desenredar aquel lío.

Sin embargo, él no parecía estar abierto a nada. Además, tener que admitir que la primera

noche solo había sido el resultado del intento de Jennifer por romper su año de sequía había provocado que él se ciñera más aún a sus pensamientos.

Lo suyo había acabado. Cole se sentía tan humillado por las palabras de Jennifer que al verla aparecer en su apartamento solo había sentido un desprecio intenso por su jefa. Le había confesado que había mentido a Rose, pero, en el fondo, Cole sabía que no todo había sido mentira y Jennifer se lo había confirmado. Por otra parte, en su interior comenzaba a creer que ella valoraba tanto su carrera profesional que habría sido capaz de cualquier cosa para no ponerla en peligro.

Cole no podía amar a una mujer así. Él veía la vida de otra manera y Jennifer no encajaba en ella. Al fin y al cabo, había dicho la verdad, lo suyo podía acabar igual que había empezado.

Cole abrió su portátil, buscó lo que quería y compró un billete de avión.

Durante esa semana, Jennifer apenas durmió. Si ya lo hacía poco y mal, después de haber disfrutado de un sueño confortable gracias a Cole, echarlo de menos se sumó a su recuperado insomnio y aparecía por las mañanas en la oficina con unas ojeras importantes.

Se esforzó por concentrarse en el trabajo, pero nada servía. Su cabeza estaba lejos y subía más de lo debido a la azotea a fumar a escondidas; ni siquiera disimulaba esas huidas. Su cabeza, irrefrenablemente, viajaba hasta los momentos compartidos con Cole.

Lo echaba de menos. Lo quería y soñaba con que un día se reencontrarían de nuevo en el California Beach, charlarían como viejos amigos y él la perdonaría por lo sucedido. Tal vez, incluso, tendrían una nueva oportunidad.

Sin embargo, Jennifer no iba nunca al California Beach y Claire no estaba dispuesta a poner un pie en ningún lugar que perteneciera a Thomas Carter, así que no tenía muchas más ideas que no fuera la de aparecer de nuevo por su casa.

Así que aceptó que Cole ya formaba parte de su pasado y se resignó con volver a su vida.

No obstante, de repente, Jennifer comenzó a ver su día a día desde una nueva perspectiva. Se encontró deseando que la jornada terminara. Rose tuvo que reenviarle dos informes con fallos que ella misma había firmado y no le importó. Su trabajo, de pronto, ya no le entusiasmaba y no entendía qué había visto tan motivador en él durante los últimos años como para sacrificar su vida hasta tal punto. Empezó a mirar a su alrededor y comprobó que no había prestado la atención que merecía la gente que apreciaba, así que aceptó los planes de Claire más a menudo de lo que era recomendable para su cuerpo, teniendo en cuenta que siempre eran nocturnos y al día siguiente trabajar resultaba un auténtico suplicio. Acompañó a Rose y a Mason alguna tarde a tomar algo al salir de la oficina. Pasó del gimnasio y se dedicó a pasear, a visitar a amigos que había dejado

algo abandonados y a ir al cine o a ver exposiciones para las que nunca tenía tiempo.

Su vida, sin ser muy consciente, fue cambiando, y Jennifer se dio cuenta de que esos detalles la habrían hecho mucho más feliz de la mano de Cole.

Una mañana, Jennifer recibió una llamada desde el despacho de Henry y la citó. No sabía a qué podía deberse, pero parecía preocupado y ella no tardó en subir al último piso y reunirse con él.

Cuando entró, se encontró con Henry sentado tras su mesa con el ceño fruncido. Al momento, Jennifer supo que algo iba mal.

—Jennifer, gracias por venir. Siéntate, por favor.

—¿Qué ocurre?

Obedeció y apretó sus manos en el regazo, nerviosa por lo que esa reunión pudiera significar.

—Jennifer, sabes que siempre has sido para mí una empleada excelente. Si te soy sincero, eres la mejor que he tenido. Eficiente, sensata, responsable, exigente y con una capacidad de liderazgo incuestionable para coordinar cualquier equipo.

—Gracias, Henry.

Ella sonrió, pero intuyó que después de las alabanzas llegaría el motivo de su cita; también, que no iba a gustarle.

—Sin embargo, no estás en tu mejor momento. No te estoy reprochando nada y no quiero que pienses que esto es un castigo, pero necesito saber que tu departamento está en buenas manos.

Jennifer tragó saliva. Una parte de ella sabía que, antes o después, su estado influiría en su puesto, pero escucharlo de boca de Henry, un hombre al que admiraba y que siempre la había tratado con afecto, no era sencillo.

Quiso contarle cualquier excusa para que su puesto no peligrase. Deseó encontrar las palabras y la fuerza con las que levantarse de esa silla y volver a ser la Jennifer irrompible con una trayectoria profesional radiante, pero... el problema era que ya no era esa mujer.

Algo había cambiado.

Alguien la había cambiado.

Carraspeó y, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se sinceró con Henry.

—Necesito que sepas que este lugar ha sido todo mi mundo los últimos años y que jamás podría estar más agradecida con nadie como lo estoy contigo, pero ya no soy esa Jennifer. Ya no encajo aquí, Henry.

Él asintió y le ofreció un pañuelo antes de que ella rompiera a llorar sin hacer ruido.

—Me enamoré de Cole, Henry. Tuvimos una aventura. En realidad, ese no es el motivo de que yo esté así, pero tenía que decírtelo. No soy la mujer perfecta que finjo ser. Lo hicimos mal.

Él se mantuvo en silencio unos segundos, tal vez pensando en aquella revelación y lo que significaba también después de la huida de Cole. Luego la observó con amabilidad.

—¿Cuál es la razón de que estés así?

Entonces Jennifer pensó en Cole. No en él de forma íntima, sino en la forma en que su aparición la había hecho abrir los ojos a su vida y ver los vacíos que nunca llenaba; reparar en todo lo que había dejado de lado, que también era importante pero que se le había olvidado. Gracias a Cole había vuelto a disfrutar de la Jennifer que era fuera de la oficina y que había perdido por el camino. Y había llegado el momento de recuperarla.

—Me enseñó que yo también puedo ser feliz con los detalles terrenales y sencillos.

Ambos sonrieron al recordar una conversación anterior en la que habían hablado de Cole en esos términos.

Después Henry frunció el ceño y pareció realmente preocupado.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro.

—¿Lo quieres?

Jennifer suspiró y asintió sin asomo de duda.

—Sí.

—Entonces creo que debería darte el día libre. Es el momento de que corras hacia el aeropuerto.

Cole miró una vez más el panel donde se anunciaba su vuelo. Aún quedaba media hora para embarcar y se moría de ganas de sentir que su cuerpo ya no tocaba el suelo. Australia le había parecido un destino perfecto.

A su alrededor observaba de vez en cuando a las parejas que se despedían entre arrumacos y lágrimas. También las que estaban emocionadas por disfrutar de una escapada juntos.

Él no necesitaba a nadie. Se lo había repetido sin cesar durante las tres últimas semanas y casi había llegado a creérselo. Pese a ello, no dejaba de pensar en que le habría encantado ver cualquier lugar del mundo desde los ojos de Jennifer.

Sacudió la cabeza y cogió un libro de la mochila con la intención de despejarse un rato.

Jennifer pensó que se desmayaría. Según Henry, tenía el tiempo justo para llegar hasta el aeropuerto, buscar a Cole y decirle... ¿qué iba a decirle? No tenía ni idea, pero lo que sí sabía era que, como no corriese más rápido, no lograría alcanzarlo.

Se quitó los tacones y corrió como nunca con ellos en la mano.

Cole se levantó cuando el panel indicó que era el momento de embarcar. Siguió a la multitud

con su mochila al hombro y se puso a la cola.

De repente, escuchó un grito.

—¡Cole! ¡Cole, espera, por favor!

Se giró y vio a una mujer que corría como loca con los tacones en la mano y con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo.

—¿Jennifer?

Ella se paró, apoyó las manos en las rodillas e intentó recuperar el aliento.

Él estaba tan alucinado que ni siquiera se movió y la gente comenzó a adelantarlo.

Finalmente se apartó de la cola y se acercó a ella.

—Cole... gracias a Dios.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Dame un minuto.

Jennifer pensó que jamás debía haber dejado de ir al gimnasio. Apenas unas semanas y ya notaba su cuerpo entumecido.

Consiguió que su respiración volviese a la normalidad y alzó la cabeza para mirarlo.

—Tengo que irme. Mi avión sale ya.

Ella asintió.

—Solo he venido a darte las gracias.

Él abrió los ojos sorprendido. De todas las cosas que se podría haber imaginado, esa habría sido la última de su lista.

—¿Por qué deberías darme las gracias?

—Por ayudarme a darme cuenta de que mi vida no era lo que quería. —Cole se tensó y ella... ella se liberó—. Era la que creía querer, pero, en el fondo, me faltaban cosas. Cosas que tú me diste sin pedírtelas.

Ambos se miraron con un anhelo que no había desaparecido, pero Cole solo asintió y Jennifer supo que estaba haciendo lo correcto.

—Te amo, Cole. Lo supe casi desde el principio, aunque los dos disimulamos bien que solo nos divertíamos. Fuiste una distracción maravillosa, sí, pero también muchas otras cosas.

Jennifer se envalentonó y cogió la mano de Cole entre la suya. Sentir su tacto fue maravilloso y la apretó con fuerza hasta que sus dedos quedaron entrelazados.

—¿Algo más?

Jennifer sonrió.

—Sí. Quiero que te quedes. En realidad, necesito que lo hagas. —Sus ojos se abnegaron de lágrimas—. No soy quien para pedírtelo, pero necesito que lo sepas. Y que me perdones, si te hice daño, pero nunca fue mi intención, en eso no te mentí.

Jennifer ya sollozaba sin remedio, pero no se ocultaba. Deseaba que Cole supiera que estaba

siendo todo lo sincera que era capaz y por ese motivo se había expuesto del todo, incluso con testigos a su alrededor que los observaban en silencio.

Se acercó un paso a él y apoyó la nariz en su pecho. Olía tal y como lo recordaba, a tantos instantes que se mareó.

—Es la hora, Jennifer.

Ella suspiró y supo que lo había perdido, pero también se sintió bien por haberlo intentado.

—Si alguna vez regresas, si aún piensas en mí, búscame.

Se miraron por última vez y ella se giró para marcharse.

No obstante, de repente la mano de Cole volvió a encontrar su lugar entre los dedos de Jennifer. Se giró y se encontró con esa sonrisa divertida que tanto había echado de menos.

—Te llamaré en diez días.

Ella parpadeó confundida. Aquellas palabras no tenían sentido.

Henry le había dicho que, si quería tener alguna posibilidad de arreglar lo suyo con Cole, debía ir a buscarlo al aeropuerto antes de que volviera a su vida de trotamundos.

—¿Diez días?

Cole sonrió con picardía.

—Sí, solo me voy de vacaciones, jefa.

Entonces Jennifer abrió la boca unos segundos, mientras se esforzaba por interiorizar lo que eso significaba. Después, ante la sonrisa orgullosa de Cole por lo que había conseguido de ella, le dio con el puño en el pecho, lo que provocó que él se riera.

—¿Eso significa que volverás?

—Sí. Acabo de quedarme sin trabajo, así que pensé que me vendrían bien unas vacaciones, ¿no te parece?

Jennifer puso los ojos en blanco. Cole no le daba ninguna pena en ese sentido, solo había trabajado unas semanas y había pasado otra de baja, así que no es que necesitara precisamente un descanso, al menos en lo referido a su vida laboral.

—¿Y significa algo más? —susurró Jennifer, un poco avergonzada por lo vulnerable que se sentía en aquel momento.

Se pinzó el labio y los dedos de Cole en su barbilla la obligaron a mirarlo.

—Significa lo que tú quieras que signifique, Jenn.

Ella sonrió y sintió de nuevo las mariposas en su estómago, las mismas que solamente él hacía volar. Luego se acercó despacio, tanteando la situación, hasta que Cole reaccionó y la atrajo hacia sí pasando las manos por su espalda.

Cuando las bocas estaban a punto de rozarse, ambos sonrieron.

Luego se fundieron en un beso de esos de película en mitad de un aeropuerto. Jennifer escuchó hasta algún aplauso, aunque quizá no estaba dirigido a ellos.

Cuando se separaron, Cole dio dos pasos atrás, le guiñó un ojo y desapareció por la puerta de embarque.

Jennifer se abrazó a sí misma y sonrió.

Diez días.

Solo diez días.

El reencuentro

Estaba nerviosa. Más que eso, estaba histérica, pero en el buen sentido. No paraba de sonreír, de colocarse el vestido y de poner una expresión sexi y despreocupada, como si no estuviera esperando al amor de su vida ella sola frente a un bourbon en una de las mesas del California Beach.

Cole había regresado hacía tres días. La había llamado, como prometió, pero estaba un poco liado con asuntos familiares y no habían podido quedar hasta ese sábado. Podían haberse citado en sus respectivas casas, pero, sin saber muy bien por qué, Jennifer se encontró diciéndole que sería divertido tomar una copa en el California Beach. Al fin y al cabo, ese lugar había sido testigo de su primer encuentro y de su primera cita.

Cuando entró, la vio enseguida. ¿Cómo no hacerlo? Llevaba el condenado vestido rosa que vestía el día que la conoció y estaba sentada como si estuviera sola en todo el local, porque lo demás, a ojos de Cole, sobraba; desaparecía.

El día que la había visto aparecer en el aeropuerto no se lo podía creer. Ahí estaba Jennifer, escapándose del trabajo, con los tacones en la mano y dándole las gracias por ayudarla a ver su vida con otros ojos. Le pidió perdón. Le dijo que lo quería. Todo a la vez, como si no pudiera permitir que él se fuera sin saberlo. Y, pese a que Cole había estado realmente enfadado con ella y pensó que nunca podría olvidarlo, todo se había evaporado de un plumazo. Porque había detalles mucho más importantes que otros errores, y el que Jennifer había tenido lo era.

Se acercó sonriendo y se dejó caer a su lado. Ella alzó la vista y le sonrió emocionada. Luego cogió su vaso y le dio un trago. Y se miraron.

Se morían de ganas de tocarse y besarse, pero les gustaba demasiado esa sensación de la anticipación, el coqueteo, ese juego que los había unido como para dejarlo pasar.

—¿Llevas mucho esperando?

—Trece días —dijo Jennifer con soltura.

—Pues estás increíble para llevar tanto tiempo aquí bebiendo bourbon. Ese vestido rosa...

Cole rozó el borde que cubría los muslos con los dedos y a ella se le erizó la piel.

—Es frambuesa.

—Lo que sea.

Ambos se rieron. El ambiente se notaba cargado de una complicidad especial, la misma que siempre los rodeaba y Jennifer se dijo que no se había equivocado en las decisiones que había tomado en los últimos días.

—He pedido una excedencia.

—¿Qué?

No había sido fácil, pero desde el mismo instante en el que vio marchar a Cole en el aeropuerto, se había prometido que su vida tenía que sufrir algunos cambios. Su carrera le seguía importando, eso no iba a cambiar de un día para otro, pero también lo hacían otros aspectos que había olvidado entre informes y reuniones. Como los pequeños placeres que no parecen relevante pero que hacen los días más bonitos; una cena deliciosa, un baño en el mar, una película de estreno en el cine con una gran caja de palomitas. Detalles que quería disfrutar al lado de Cole. O como el amor.

—Hablé con Henry y le pedí un tiempo. Necesito recuperar mi vida más allá de esa oficina. Vas a tenerme un año desocupada, así que espero que tengas un montón de planes para mí.

Cole la miraba embelesado. No podía creerse que la Jennifer implacable en el despacho y para la que su carrera lo era todo fuera la misma capaz de paralizar esa faceta de su vida durante un año para recuperar otras. Aquella revelación le confirmó lo que ya intuía: que se trataba de la mujer de su vida.

—¿Puedo empezar ya?

Los dedos de Cole se aventuraron por debajo de su vestido y rozaron su suave piel. Jennifer pasó la mano por el cuello de él y sus cuerpos se imantaron.

—Estás tardando demasiado.

Se besaron con ganas. Compartieron risas, confesiones, promesas, caricias. El California Beach se les comenzó a quedar pequeño y salieron de allí entre sonrisas cómplices y bajo la luz de la luna. Se escondieron en el apartamento de Cole y no salieron de allí hasta que Jennifer tuvo que escapar a su piso para coger ropa limpia.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses.

Sin darse cuenta, Cole y Jennifer convirtieron su vida en una en común en la que les costaba estar separados. Tal vez no lo habían buscado, pero el amor los había encontrado.

Una noche, mientras cenaban en el piso de Jennifer, al que Cole prácticamente se había mudado, él le entregó un pequeño sobre.

El corazón de Jennifer comenzó a latir frenético.

—¿Qué es esto?

—Un regalo. Ábrelo.

Ella le obedeció con dedos temblorosos y se encontró una planilla con un listado de nombres ridículos. Era la lista de votaciones para el concurso anual de cócteles del California Beach.

—Pero... ¿ya hace un año?

Cole asintió. El sábado siguiente se celebraba nuevamente el concurso y no pudo evitar

estallar en carcajadas al entender el regalo de Cole. Ese año irían juntos y formarían parte del jurado; además, celebrarían el aniversario de su primer encuentro.

—No me puedo creer que ya haya pasado un año —susurró Jennifer.

Pese a lo ocurrido al principio, habían sido meses maravillosos. No se había arrepentido en ningún momento de las decisiones tomadas. Ella y Cole habían viajado a menudo, compartido planes sin parar y se habían amado.

¿Qué más podían pedir?

—También hace un año que rompiste tu mala racha.

Jennifer se sonrojó al recordar aquella tontería que la había hecho caer en brazos de Cole y que él la echaba en cara entre bromas de vez en cuando.

—Si me lo vuelves a decir, acabaremos inaugurando la tuya —lo amenazó, fingiendo un enfado que, en realidad, no sentía.

Cole se levantó de la mesa y se acercó a ella con decisión. Ella se estremeció.

Giró su silla y se arrodilló frente a Jennifer. Se colocó entre sus piernas y comenzó a subir su falda de forma lenta.

—No me importa que me castigues, jefa, mientras yo pueda seguir regalándote esto.

Y Cole lo hizo, besó los muslos de Jennifer y acarició su centro, hasta que se olvidaron de todo lo que no fueran ellos dos y su propio placer.

Epílogo

Claire parloteaba sin cesar mientras caminaban en dirección al restaurante. Habían quedado para comer y Jennifer había propuesto llevarla a un sitio nuevo que iba a encantarle.

—¿Y de qué conoces este sitio?

—Acaba de abrir. Cole me ha dicho que es bueno.

Claire puso los ojos en blanco. Desde que su amiga había asumido lo que sentía por ese hombre, había ido al aeropuerto y le había hecho una declaración de amor de película, todo era «Cole ha dicho...», «Cole piensa...». Y a Claire le caía bien Cole, pero la versión de Jennifer enamorada, a veces, la sacaba de sus casillas.

Entraron en el local y dijeron a la recepcionista que tenían una reserva.

Lo observaron boquiabiertas y ambas se mostraron fascinadas; no era para menos, el sitio era una maravilla, al menos a nivel estético. De colores claros y con neones rojizos en las paredes, plantas que se enredaban en los muretes que separaban las mesas y una música lenta y sofisticada que invitaba a sentarse.

—Admito que, esta vez, Cole tiene razón. Es precioso.

Jennifer sonrió para sí y luego cogió aire cuando vio quién las esperaba en la mesa. Claire frunció el ceño al encontrarse con la sonrisa deslumbrante y culpable de Cole.

—¿Qué narices haces tú aquí? ¿No vas a dejármela para mí sola ni un día?

Pese a parecer molesta, lo saludó con cariño, le dio un beso en la mejilla y se sentó sin más a inspeccionar la carta. Jennifer se sentó al lado de Claire y frente a Cole. Se miraron con complicidad, pero no con una cargada de deseo, sino con temor y un leve arrepentimiento.

¿Y si no salía bien?

¿Y si aquello no era más que una estupidez?

Pronto lo sabrían, porque Thomas Carter acababa de entrar y se dirigía a ellos con una sonrisa.

—¡Cole! Ya estáis aquí, espero que...

Su sonrisa se convirtió en una fina línea al ver a Claire Dillon sentada en la mesa. Ella se tensó al momento y Jennifer supo que habría huido de no ser porque la había encerrado entre la ventana y su propio cuerpo. Tal era la expresión de enfado de Claire que Cole pensó que podría saltar por encima de la mesa para poder largarse de allí.

—¿Qué demonios es esto, Jenn? ¿Qué hace este aquí?

Thomas la fulminó con la mirada.

—«Este» —dijo él imitando el mismo tono despectivo de Claire— es el dueño del local en el que estás a punto de comer, así que, si no quieres que ejerza el derecho de admisión, espero que te comportes.

Claire miró a su mejor amiga con la boca abierta.

—¿Cómo has podido, Jenn? —Después se dirigió de nuevo a Thomas—. Haz lo que te dé la gana. Seguro que es mejor que me echés que comer la basura sibarita que serviréis aquí.

—Dudo que alguien como tú sepa distinguir un...

—¿¿Os podéis callar de una vez?? —exclamó Jennifer un tanto descolocada por la reacción de ambos.

Cole le hizo un gesto para que se tranquilizara y los otros dos, para sorpresa de todos, la obedecieron.

—¿Puedes sentarte, Thomas? —le pidió Cole a su mejor amigo.

Este pareció dudar, pero al final se resignó y se dejó caer a su lado.

Claire estaba anonadada. La mesa de repente le parecía minúscula. Frente a ella estaba el hombre que más había odiado durante el último año, puede que incluso en toda su vida.

Aún recordaba su primer encontronazo, la noche del concurso de cócteles en la que Cole y Jennifer se habían conocido y ella se chocó con el dueño del California Beach. Ese hombre prepotente y orgulloso que la había insultado. Claro que ella se había vengado pero bien con su artículo. Después... después sus vidas se habían cruzado en alguna otra ocasión que Claire no había sido capaz de compartir ni siquiera con su mejor amiga y que prefería olvidar.

Durante el año de relación de Cole y Jennifer, ambos habían intentado que la opinión que tenían sus mejores amigos entre ellos mejorase, pero no lo habían logrado. Jamás habían aceptado coincidir en ninguna ocasión. Nunca habían puesto nada de su parte siendo dos personas importantes en las vidas de Jennifer y Cole. Ellos los habían respetado, pero había llegado el día de que las cosas cambiaran.

Cole carraspeó y todos lo observaron con cautela; parecía nervioso.

—Os estaréis preguntando qué estamos haciendo los cuatro aquí. —Thomas asintió y Claire se cruzó de brazos como una niña—. Sois dos de las personas más importantes de nuestras vidas, y aunque respetamos que no queráis tener relación el uno con el otro, Jennifer y yo hemos tomado una decisión que os concierne y para la que os necesitamos.

—A los dos —aportó Jennifer.

Los aludidos se miraron de reojo, intentando comprobar si el otro tenía alguna ventaja sobre esa situación, pero ninguno tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo.

Entonces Jennifer sacó un anillo del bolso y se lo colocó con una sonrisa radiante.

—Le he pedido a Jennifer que se case conmigo.

Pese a la incomodidad, ambos felicitaron a sus amigos. Al terminar, volvieron a observarse sin entender del todo por qué habían querido anunciárselo a ellos dos juntos.

—Es una noticia fantástica, estamos muy felices por vosotros y todas esas cosas, pero ¿qué pintamos nosotros aquí? —escupió Claire sin esconder su incomodidad.

Jennifer apartó la mirada. Quizá aún estaban a tiempo de olvidarse de aquella loca decisión.

Sin embargo, Cole le dio un pellizco en la rodilla por debajo de la mesa y pronunció las palabras que ni Claire ni Thomas se hubieran esperado en la vida.

—Estamos aquí para pedirnos algo. Es el único regalo que deseamos. —Cogió aire y lo soltó sin más—. Queremos que vosotros dos oficiéis la boda.

Thomas susurró una negativa y Claire estalló en carcajadas.

Entonces fue Cole el que tomó la palabra.

—No tenéis que aceptar, lo sabemos, pero queremos que sepáis que no se nos ocurre una boda más bonita que una celebrada por nuestros mejores amigos.

La risa de Claire se convirtió en un suspiro sonoro.

—Claire —Jennifer cogió su mano entre la suya—, sé que esto no es fácil para ti, pero solo consiste en preparar un texto ceremonial y en ensayarlo juntos. El resto del tiempo, como si no os miráis.

Claire miró el anillo que brillaba en el dedo de Jennifer. Después la estudió a ella; parecía tan feliz desde que había conocido a Cole... estaba radiante. Giró para observar a Cole y se encontró con su sonrisa. Él había logrado desenterrar a una Jennifer que en algún punto de su carrera profesional se había perdido. De algún modo, sentía que se lo debía por haber sabido ayudar a Jennifer como ella no había sabido. Y por Jenn... por su amiga habría hecho cualquier cosa.

Fue a abrir la boca, pero Thomas se le adelantó.

—Acepto. Por mí no hay ningún problema.

Claire se tensó tanto que Jennifer apretó su mano para que se calmara. Pero es que ese Thomas era despreciable. No comprendía cómo un hombre como Cole podía apreciarlo tanto. Sus ojos azules eran hostiles, orgullos y egoístas. Su aspecto, siempre estirado como si todo el mundo fuera suyo. Su educación y predisposición a Claire le parecía más falsa que una moneda de chocolate, como en aquel momento.

—Yo también acepto. ¿Podemos comer ya?

Jennifer la abrazó y Thomas llamó a uno de sus camareros para que los sirviera.

Durante toda la comida, se mostraron amables, aunque por dentro Claire no podía dejar de pensar en las ganas que tenía de clavarle el tenedor en la frente a Thomas Carter. Él sonreía con cordialidad en todo momento, pero en su interior no podía parar de estudiar a la diminuta Claire Dillon y odiarla en silencio.

Cuando se despidieron de ellos y echaron a andar hacia su casa, Cole y Jennifer se miraron y sonrieron.

La semilla ya estaba sembrada.

Había llegado el momento de preparar una boda.

Nota de la autora

¿Te has quedado con ganas de más? ¿Te gustaría conocer la historia de Claire y Thomas?

Enemiga por accidente, la segunda entrega de la serie *California Beach*, estará muy pronto disponible en Amazon.

Además, para enterarte de todas las novedades, puedes seguirme en Facebook o en Instagram.